

3

Las otras cerámicas finas

**Alberto López Mullor
Esperança Huguet Enguita
Albert Ribera i Lacomba**

Manual de cerámica romana. Del mundo Helenístico al Imperio Romano. Albert Ribera i Lacomba (coord.). 1ª ed. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional; Madrid: Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias, Sección de Arqueología, 2013. 504 p. Cursos de Formación Permanente para Arqueólogos. ISBN 978-84-451-3455-9

Alberto López Mullor

Diputación de Barcelona y Universidad Autónoma de Barcelona

Esperança Huguet Enguita

Arqueóloga. Colaboradora del SIAM

Albert Ribera i Lacomba

Doctor en Arqueología. Jefe de la Sección de Arqueología del Ayuntamiento de Valencia

1. Las cerámicas de Paredes Finas del final de la República Romana y el período Augusto-Tiberiano

Alberto López Mullor

1.1. Definición

Durante el primer cuarto del siglo II a.C. se inicia, en la Toscana, la producción de la que los investigadores llamamos cerámica de paredes finas, utilizando la terminología que acuñó N. Lamboglia en los años treinta del siglo XX. Aquellos cubiletes tirrénicos, exportados en pequeñas cantidades a una buena parte del Mediterráneo, acompañando a la vajilla barnizada de negro y a los vinos envasados en ánforas greco-italicas y Dressel 1, hicieron fortuna desde el punto de vista tipológico, seguramente por su evidente utilidad, muy cercana a la de los vasos de beber actuales. Se sabe que tuvieron una gran aceptación en mercados relativamente lejanos, como el de la fachada mediterránea de la Península Ibérica, donde fueron imitados durante largo tiempo en los talleres locales, o en la isla de Ibiza, cuya activa artesanía cerámica los recreó de diferentes maneras.

Las cerámicas de paredes finas son, pues, en su origen y sin excepción, manufacturas itálicas que, si bien en un primer momento protagonizaron largas singladuras marítimas, enseguida se produjeron en los lugares de consumo, cuyos alfares abastecieron áreas territoriales no demasiado extensas y en ciertos casos decididamente reducidas. Para su descripción las dividiremos en dos grupos, las propias del final de la República, que abarcan desde el 200/175 al 30 a.C., tomando ambas fechas como indicativas, y las que se fabricaron du-

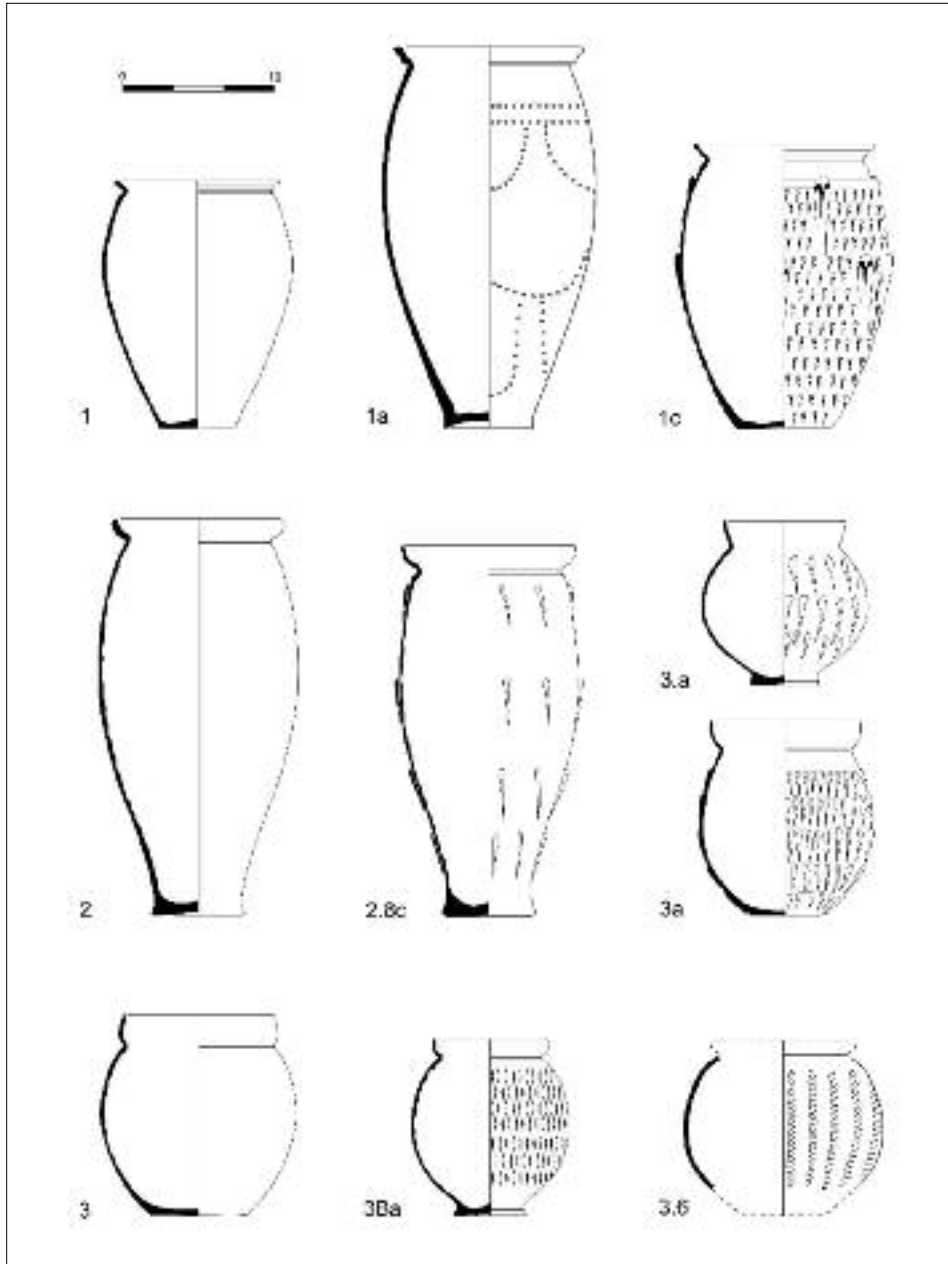
rante los principados de Augusto (27 a.C. – 14 d.C.) y Tiberio (14 – 37 d.C.). En ambos casos nos referiremos primero a las producciones itálicas, pasando luego a las hispánicas.

Tal y como enuncia el título en plural de este capítulo, las paredes finas no forman parte, ni mucho menos, de una producción homogénea. Tratándose siempre de cerámica de mesa, mientras algunos autores las sitúan dentro de las producciones costosas o al menos de un cierto valor para sus propietarios, tal como pudieron ser la vajilla llamada campaniense o la *terra sigillata*, otros las han incluido dentro de la cerámica común (Vegas, 1973). Su pasta puede adoptar todas las tonalidades, pues existen formas que la poseen oxidada en todas sus gamas y otras reducida, sin que ello sea privativo de un taller determinado. Sólo la delgadez de las paredes, cuyo grosor se sitúa entre 1 y 2 mm por norma general, y el consiguiente mínimo tamaño del desgrasante constituyen caracteres tecnológicos comunes a todo el material. Ni siquiera la ausencia de engobe es aplicable al conjunto de productos que aquí presentamos, puesto que su presencia menudeará a partir de la época augustea y se irá generalizando en la de Tiberio, para hacerse omnipresente en la de Claudio, en un momento en que su repertorio había evolucionado en gran manera, dejando atrás la mayoría de los tipos originarios. Este segundo flujo de manufacturas excede, sin embargo, los límites cronológicos que aquí se nos han propuesto.

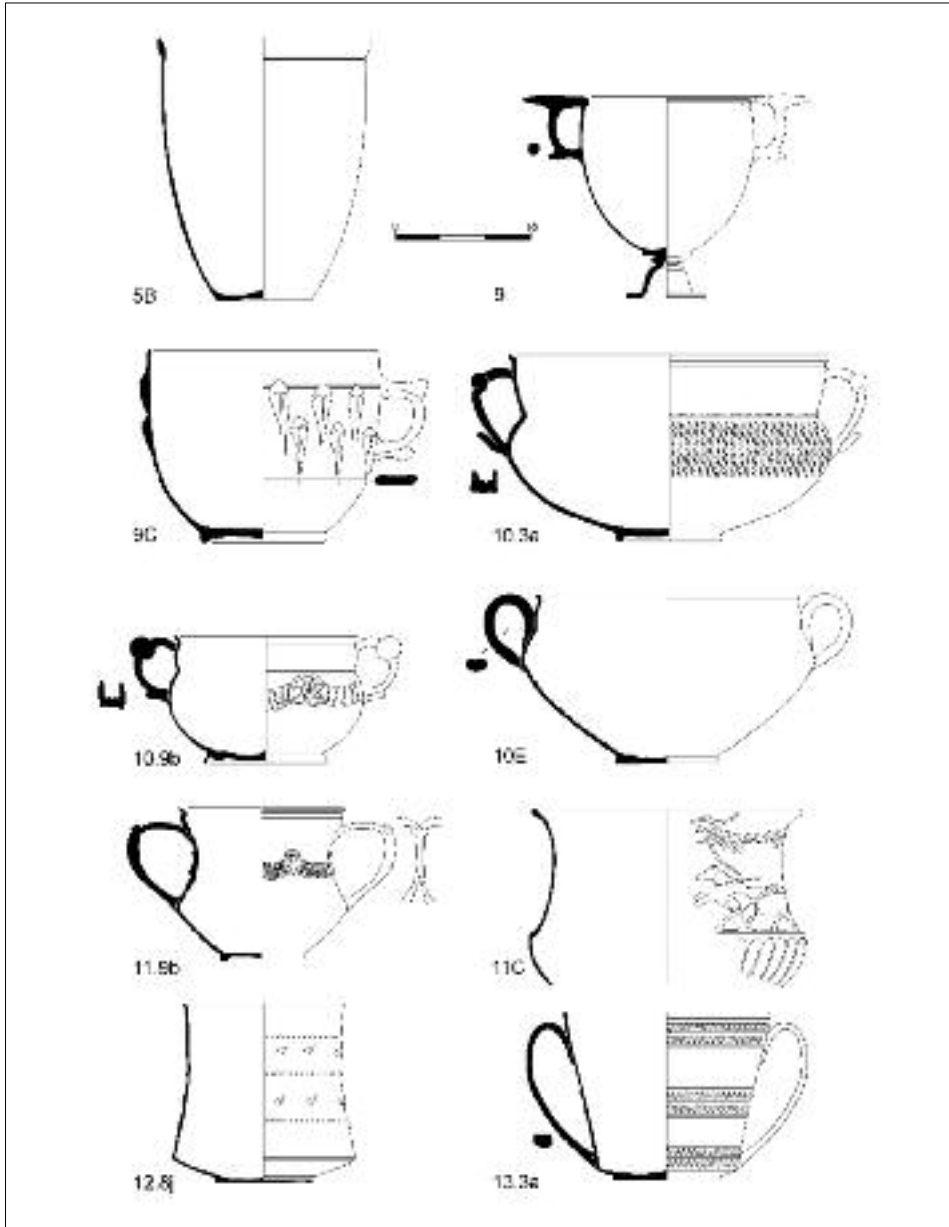
1.2. Las producciones itálicas del final de la República.

200/175-30 a.C. (Fig. 1-3)

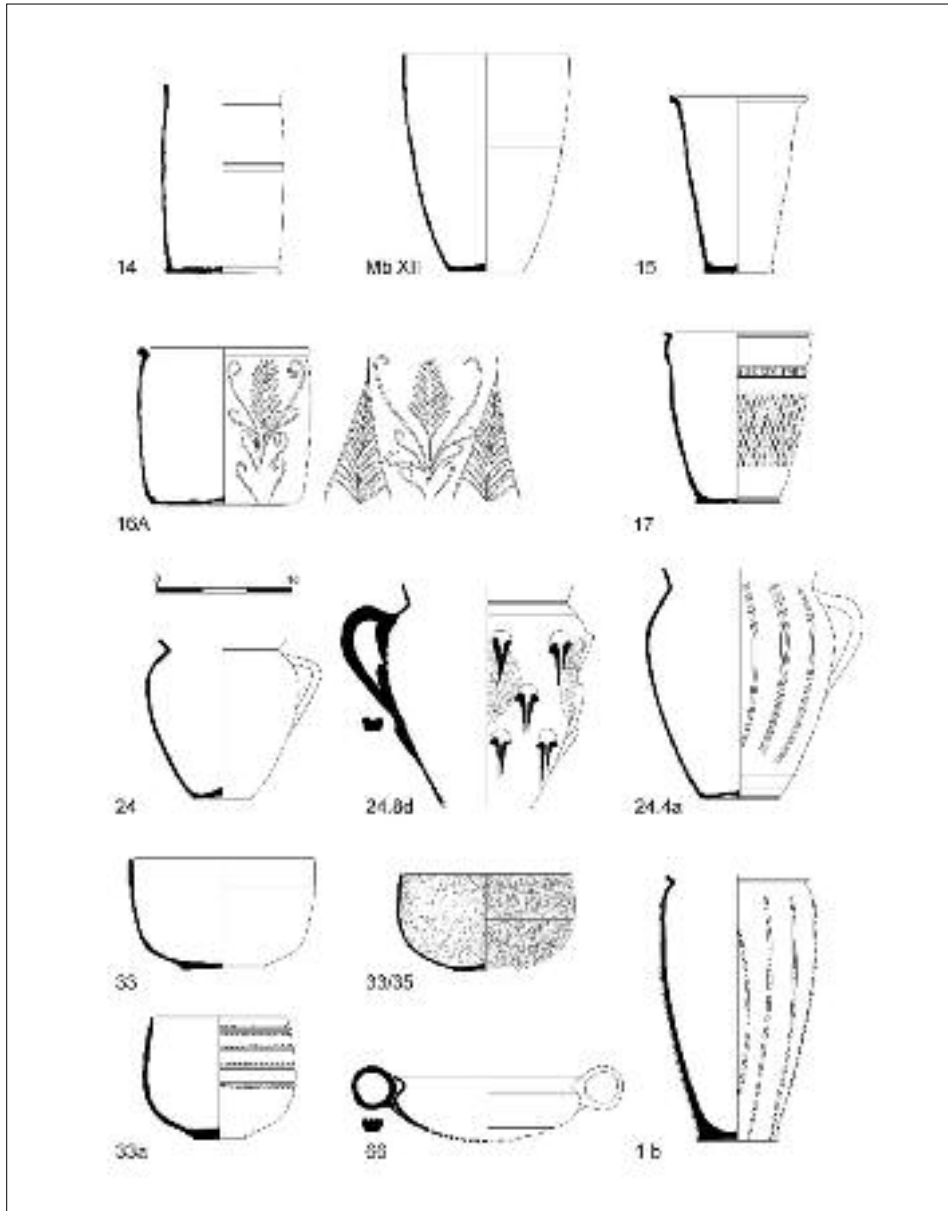
Las primeras, y casi, las únicas formas pertenecientes a este período son los cubiletes. Su tamaño es variado, aunque cabe distinguir entre una serie de piezas altas, que alcanzan de 12 a 15 cm, y otras más bajas, de 5 a 7 cm, producidas simultáneamente. Por tanto, existieron vasos grandes y pequeños, como los de ahora, aunque ignoremos de momento si su tamaño estuvo relacionado con su contenido habitual o ni siquiera si éste era uniforme. A partir de los años setenta del siglo I a.C., los cubiletes empiezan a estar acompañados de tazas, cuya producción se intensificó en los últimos decenios anteriores a la Era, extendiéndose a los dos primeros de la misma. Su éxito empezó a hacer declinar la hasta entonces pujante manufactura de toda clase de cubiletes que, aun sin desaparecer nunca del repertorio, se vieron sustituidos desde el 30-20 a.C. por los cuencos o boles, forma que terminó por ser mayoritaria.



1. Cerámica itálica de paredes finas. 1 (My. I, Mb. I). Empúries, López Mullor 1989, nº inv. 6. **1a** (My I a, Mb. I). Cosa. Marabini 1973, nº inv. 2. **1 c** (My I, Mb I). Badalona. *Ibid.* 1989, nº inv. 1262. **2** (My II a, Mb II). Els Prats del Rei (Barcelona). *Ibid.*, nº inv. 1889. **2.8 c** (My II, Mb II). Empúries. *Ibid.*, nº inv. 493. **3** (My III, Mb IV). Solsona (Lleida), *Ibid.*, nº inv. 1921. **3 a** (My III a, Mb IV). Empúries. *Ibid.*, nº inv. 495. **3 a** (My III a, Mb VII). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 931. **3 Ba** (My IIIBa, Mb IV). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 41. **3.6** (My. III, Mb. V-VI). Cosa. Marabini 1973, nº inv. 66



2. Cerámica itálica de paredes finas. **5 B** (My V B, Mb XXXV). Badalona. López Mullor 1989, nº inv. 1304. **9** (My IX, Mb XXVIII). *Baelo*. *Ibid.*, nº inv. 2294. **9 C**. Sabadell, *Ibid.*, nº inv. 1788. **10.3 a** (My X, Mb XXV). Mataró, *Ibid.*, nº inv. 1092. **10.9 b** (My X, Mb XXV). Tarragona. *Ibid.*, nº inv. 1716; Mayet 1975, nº 123. **10 E** (My X, Mb XXV). Empúries. *Ibid.*, nº inv. 208. **11. 9 b** (My XI). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 228; Mayet 1975, nº 147. **11 C** (My XI a). Badalona. *Ibid.*, nº inv. 1377. **12.8 j** (My XII, Mb XXXIII). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 253. **13.3 a** (My XIII, Mb LVI). Cirenaica (MAN). *Ibid.*, nº inv. 2326



3. Cerámica itálica de paredes finas: **14** (My XIV A). Rubí (Barcelona). *Ibid.*, nº inv. 1828. **Mb. XII.** Empúries. *Ibid.*, nº inv. 201. **15** (My XV). Museu d'Arqueologia de Catalunya. *Ibid.*, nº inv. 2362. **16 A** (My XVII). Tarragona. *Ibid.*, nº inv. 173.1. Mayet 1975, nº 183. **17** (My XVII). Empúries, *Ibid.*, nº inv. 196. **24** (My XXIV, Mb XV). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 7. **24.8 d** (My XXIV, Mb LXIX). Vic. *Ibid.*, nº inv. 1871. **24.4 a** (My XXIV, Mb XV). Empúries. *Ibid.*, nº inv. 4. **33** (My XXXIII, Mb XXXVI). Ibiza. *Ibid.*, nº inv. 2249. **33 a** (My XXXIII a, Mb LII). Empúries. *Ibid.*, nº inv. 201; Mayet 1975, nº 274. **33/35** (Mb. XXXVI). Vic. *Ibid.*, nº inv. 1864. **66** Rubí. *Ibid.*, nº inv. 1349. **Cerámica ebusitana de paredes finas:** **1b** (My I b, Mb I). Puig des Molins (Ibiza). Fernández 1992, 237, nº inv. 685; Mayet 1975, 26

El estudio de las paredes finas itálicas y prácticamente de las de todo tipo se inició con los trabajos de N. Lamboglia. El primero fue la recensión de la obra de Ch. Simonett (1941) sobre las necrópolis del cantón suizo del Tesino, donde eran muy abundantes las cerámicas noritálicas de esta clase, desconocidas en la Península Ibérica (Lamboglia, 1943). Más próxima nos resulta su obra, por tantos conceptos decisiva, sobre las excavaciones de 1938-1940 en la ciudad romana de *Albintimilium* (Ventimiglia), publicada en 1950, donde, entre muchas otras, se sientan las bases del estudio de estas cerámicas. Debemos esperar a los meritorios trabajos de M. Vegas (1963, 1963-1964, 1964, 1965) para obtener un panorama coherente de estas producciones, sintetizado en su obra sobre la cerámica común romana en el Mediterráneo occidental (1973). Poco antes, M.T. Marabini (1973) había publicado su sólido estudio monográfico acerca del material de Cosa y dos años después apareció el libro de F. Mayet (1975) sobre las paredes finas en la Península Ibérica, en el que esta autora estudiaba, entre otros, numerosos materiales supuestamente itálicos que, en muchos casos, luego resultaron ser ebusitanos o ibéricos, según veremos. Por razones de claridad tipológica, la numeración de las principales formas propuesta por Mayet la hemos ido manteniendo diversos investigadores españoles o franceses, ya sea utilizando las cifras romanas que empleó esta autora, aunque con matizaciones (López Mullor, 1989; 1990; Mínguez, 1991; Puerta, 1989), o convirtiéndolas en arábigas, como se hizo en el *Dicocer* (Passelac, 1993), o bien en nuestros artículos sobre el material ebusitano (López Mullor y Estarellas, 2002; 2003), en síntesis anteriores (López Mullor, 2008) o en este mismo capítulo, a fin de facilitar la transcripción y tabulación de los tipos. Entre nosotros no han tenido demasiado éxito las series de Marabini y de A. Ricci (1985), la primera por referirse casi exclusivamente a productos itálicos, algunos de los cuales no llegaron a Hispania o lo hicieron en cantidades exiguas, y la segunda por resultar farragosa y presentar separadas las formas de sus decoraciones. Cabe citar, además y entre muchos otros, el trabajo específico de A. Carandini (1977) sobre los materiales vesubianos, enriquecido no hace mucho por las notables aportaciones de I. Faga (2008, 2010), sobre las piezas del puerto de Nápoles, quien también se ha ocupado de las producciones centroitálicas (2011), o las monografías de M. Pinna (1986), sobre las paredes finas de Cerdeña y de M. Denaro (2008) sobre las de Sicilia.

Los primeros tipos producidos fueron el 1, el 1a y el 2. No exactamente por este orden puesto que, según parece, el 2 (Fig. 4), que empezó a fabricarse en la Toscana actual, la antigua Etruria, durante el primer cuarto del siglo II a.C., es el más viejo de todos. Si no se indica lo contrario, para las datacio-

nes utilizaremos los criterios apuntados en nuestro libro (López Mullor, 1989; 2ª ed. 1990), matizados en algún trabajo posterior, como el de 2008, o en los realizados en colaboración con M.M. Estarellas en 2002 y 2003 y A. Martín en 2010.



1



2



3

4. 1.) Forma 2, *Ituro*, Cabrera de Mar, Barcelona, foto: A. Martín. 2.) Forma 2. Valencia, foto: SIAM. 3.) Forma 2.8 c. Empúries, foto: A. López Mullor

Dos o, a lo sumo, tres decenios más tarde, aparecieron la forma 1 (Fig. 5) y su variante 1a decorada a la barbotina con perlitas o pequeñas cabezas de clavo, según la nomenclatura francesa *décor clouté*, formando casi siempre ovas. Tanto la una como la otra, tuvieron un largo recorrido cronológico, produciéndose hasta los decenios finales del siglo I a.C. y alcanzaron un notable éxito comercial, siendo imitadas en la Hispania Citerior, concretamente y que se sepa por ahora, en *Emporiae* y *Valentia*. La forma 2, quizá por su borde menos complicado y más funcional, fue producida en grandes cantidades, como veremos más adelante, en numerosos talleres hispánicos de la costa mediterránea, así como en la isla de Ibiza y, según informaciones inéditas¹, en el campamento de la *Legio VII* en León. A lo largo del tiempo, fue perdiendo su perfil fusiforme y su esbeltez originales, adquiriendo una apariencia ovoide, aunque, desde el principio, las variantes más altas convivieron con otras de menor porte, como la 2A.

Los cubiletes de la forma 3 no hicieron sino acentuar la tendencia a la concavidad de los bordes inclinados hacia fuera propios de la 1 y la 2. Ade-



5. Forma 1a. Barati-Populonia, foto: Museo Archeologico del Territorio di Populonia

¹ Agradecemos a Esperanza Martín Hernández esta información, acompañada de las fotografías y el dibujo de algunas piezas.

más, adoptaron perfiles muy diversos, tanto en las piezas altas (*3 stricto sensu*), como en las bajas (3B). Por otra parte, su decoración que en los dos tipos anteriores fue variada –ruedecilla, escamas de piña, alguna incisión–, aunque poco frecuente, excepto en el subtipo 1a, ornado de perlitas, se generalizó extraordinariamente en éste, dando lugar a una variante decorada a la barbotina con escamas de piña (3a) (Fig. 6), junto a otras muchas que presentaban motivos incisos, cordados y a ruedecilla, entre otros. El inicio de su producción es algo posterior, situándose durante el siglo II a.C. bastante avanzado, permaneciendo en el mercado hasta el último o el penúltimo decenio anterior a nuestra Era. De hecho, dos de sus numerosas variantes, la 3Ba (Fig. 7) y la 3Bb, decoradas a ruedecilla y a la barbotina respectivamente, que fueron objeto de imitación en *Ebusus* (formas 3C.3a y 3C.8d) y el área de *Tarraco*, llegaron hasta mediados del siglo I d.C.

La familia de los cubiletes se desarrolló, pues, prácticamente a lo largo de todo el arco cronológico del que aquí nos ocupamos, es decir, el período tardorrepublicano y la época augustea, manifestando escasos cambios en su configuración, a no ser la progresiva pérdida de altura de las piezas –aunque siempre hubo una modulación en dos series de vasos coetáneas, la de los al-



6. Forma 3 a. Empúries, foto: A. López Mullor



7. Forma 3Ba. Badalona, foto: Museu de Badalona

tos y la de los bajos– y la mayor abundancia de sus motivos decorativos, ejecutados tanto a la barbotina como a ruedecilla o mediante incisiones más o menos artísticas (forma 16). Este panorama ciertamente monótono se ve enriquecido, hacia los años 70 del siglo I a.C., con la aparición de las tazas, que se generalizarán a mediados de la centuria, haciéndose muy populares en el período augusteo hasta extinguirse en el tiberiano, ante la imparable competencia de los cuencos o boles, la forma mayoritaria por excelencia a partir de los años veinte del siglo I d.C. Las tazas derivan directamente de las piezas metálicas. Buen exponente de ello es la forma 9, que recuerda, por ejemplo, a los *kantharoi* argénteos de Boscoreale. Ahora sabemos con certeza que procede de Cumas, en la costa campana, al haberse localizado indicios de su producción entre el tercer cuarto del siglo I a.C. y principios de nuestra era (Cavassa, 2004), y que llegó hasta nosotros por vía marítima acompañando a las ánforas vinarias Dressel 1 B, como demuestra el pecio de La Madrague de Giens, fechado entre el 70 y el 50 a.C. (Tchernia *et alii*, 1978: 17; Parker, 1992: 616). Con todo, esta forma fue siempre minoritaria, en comparación con las tazas más bajas, de perfil globular (forma 10) (Fig. 8) o carenado (forma 11) (Fig. 9), originarias de la Toscana y de la Campania. De hecho la primera también se produjo en Cumas con la típica decoración de guirnaldas y rosetas (9B) (Cavassa, 2004) y algunas decoradas a ruedecilla se obraron en Siracusa (Pelagatti, 1970). Además, son propias de otros lugares más septentrionales de Italia, aunque estas últimas apenas llegaron a la Península Ibéri-



8. Forma 10. Nápoles, foto: I. Faga



9. Forma 11. Empúries, foto: A. López Mullor

ca (Ricci, 1985: 298). Por otra parte, se ha apuntado su producción en Haltern para consumo militar (Loeschcke, 1909; Schnurbein, 1974). El hecho es que las tazas gozaron entre nosotros de una gran aceptación, imitándose, como veremos en *Eubusus* y el área de *Emporiae*.

1.3. El período augusteo-tiberiano

Ya en los decenios finales del último siglo anterior a la Era hacen su aparición ciertas formas de recorrido variable. Por una parte, la última evolución de los cubiletes representada por la forma 5B, originaria de Italia central e imitada en Lyon (Lasfargues y Vertet, 1968; 1970; Grataloup, 1986; 1988) e Ibiza, en este último caso con nuevas variantes, según veremos. Por otra parte, los vasos cilíndricos (forma 14), cuya parte inferior puede ser carenada

(12) (Fig. 10), a los que se parecen los recipientes troncocónicos de las formas 13 y 15, los primeros (Fig. 11) dotados de grandes asas y muchas veces decorados a ruedecilla, todos ellos de procedencia centroitalica. Los tipos 12 y 14 tuvieron una gran difusión y se imitaron, tanto en *terra sigillata* (forma *Conspectus* 50), como en paredes finas, ya fuera de Italia, como en La Mulette



10. Forma 12 a. Nápoles, foto: I. Faga



11. Forma 13 A. Nápoles, foto: I. Faga

(Lyon) (Lasfargues y Vertet, 1970; Grataloup, 1986; 1988) y el nordeste y noroeste de Hispania. Desde el punto de vista cronológico no llegaron más allá del principado de Tiberio. Sin embargo, los vasos más vistosos de este período son, sin duda, los de la forma 17, decorados a ruedecilla, que recuerdan claramente a los productos de tipo Aco, hechos a molde en el norte de Italia y las Galias. Todos ellos corresponden a la época augusteo-tiberiana, aunque el tipo 17 parece iniciarse a mediados del siglo I a.C.

Más longeva fue la forma 24 (Fig. 12), que alcanzó la época de Nerón, habiendo aparecido al inicio de la de Augusto. Se trataba de una variante de los cubiletes, de cuerpo globular y dotada de un asa triangular, que quizá prefiguró el tipo bético 42. Se conocen ejemplares lisos, aunque una gran cantidad de los mismos presenta una característica decoración “a peine” con haces paralelos de incisiones verticales (24.4). Este tipo fue diferenciada por Lamboglia (1938; 1950: 167) y Vegas (1963; 1973: 76-77). El primero de ellos le atribuyó un origen ligur. También se ha propuesto su producción en el centro de Italia (Marabini, 1973: 158) y Cerdeña (Pinna, 1986), al menos en el caso de la variante 24A. Es plausible que también se produjese en el área vesubiana, donde adquiere una gran personalidad (Carandini, 1977) y, según veremos, fue imitado magistralmente en Ibiza.



12. Forma 24.4 a. Empúries, foto: A. López Mullor

Hemos reservado los cuencos para poner fin al repertorio formal de este período. Su forma de referencia es la 33 (Fig. 13), una de las más emblemáticas dentro de la cerámica de paredes finas, a la que Vegas (1963-1964: 66-67, forma 4; 1973: 82, forma 34a) denominó “cuenco augusteo”, aludiendo a su apariencia y a su momento de mayor expansión. El tipo *stricto sensu* se caracteriza por su escasa altura, teniendo por toda decoración una ranura longitudinal en el centro de su pared externa. Existen variantes con decoración a ruedecilla (33a) (Fig. 14), y además de manufacturarse en Italia, tanto en la zona etrusca como en Nápoles o sus alrededores (Faga, 2010), se fabricó en las Galias, en los talleres de La Muette, Lyon (Lasfargues y Vertet, 1970; Grataloup, 1986; 1988; Genin, 1997) y Bram, en el departamento del Aude (Passelac, 2001). Esta situación quedó reflejada en los mapas de difusión dibujados por Mayet (1975: 136-138) y nosotros mismos (López Mullor, 1989: 161-162). Sin embargo, esta autora no se pronunció acerca de la producción hispánica de la forma, mientras que Ricci (1985: 286-287, tipos 2/232, 2/405)



13 Forma 33. Nápoles, foto: I. Faga



14. Forma 33 a. Darró. SPAL Diputación de Barcelona, foto: M. Baldomà

se refiere a un “grupo de vasos españoles” que, a su juicio, procederían de la Península Ibérica y deben distinguirse de los de Aquileia y del valle del Po, cuyos mercados eran, además de Italia, las áreas septentrionales del Imperio. Más adelante veremos que se ha detectado su producción en diversos talleres hispánicos, dedicada en algunos al mercado cautivo que representaban las tropas romanas, como las acantonadas en el campamento de la *Legio III Macedonica*, en Herrera de Pisuerga, Palencia (Pérez y Illarregui, 1995; Martín, 2008b), y en otros sencillamente para el consumo local, como ocurrió en Cabrera de Mar (Barcelona), en el *ager* de *Iluro*, la actual Mataró (López Mullor y Martín, 2010), o El Vila-sec (Alcover), en el de *Tarraco* (Roig, e.p.), y también en Mérida (Alba y Méndez, 2005). Desde el punto de vista cronológico, la producción de esta forma está bien atestiguada en Italia y las Galias a lo largo de los principados de Augusto y Tiberio. Mayet (1975: 67) sólo tuvo en consideración las piezas posteriores al cambio de era y propuso una fecha del primer tercio del siglo I d.C. Por nuestra parte (López Mullor, 1989: 160-162), establecimos una cronología general entre 30-25 a.C. y 30-35 d.C., a partir de un número considerable de paralelos, y en Lyon su *floruit* se situó entre 15 a.C. y 20 d.C. (Desbat *et alii*, 1996; Genin, 1997). En Herrera de Pisuerga se inició en época augustea continuando hasta el final del reinado de Tiberio (Pérez e Illarregui, 1995).

Paralelamente a la producción del tipo 33, comenzó la del 35, el cuenco con decoración arenosa y apariencia de casquete esférico que, más adelante, sería imitado mediante la forma 37 en la Bética (Mayet, 1975; Colls *et alii*, 1977; López Mullor, 1989) y la Galia Narbonense (Galane: Mespilé, 1957; Lyon: Greene, 1979; Aosta: Laroche, 1986; Sallèles d’Aude: Laubenheimer, 1986; Fos-sur-Mer: Rivet, 2004). Estos boles, sus variantes y otros similares, como los de las formas 25, 28, 32 y 38, ocuparon una gran parte del siglo I d.C. y exceden de los límites de este trabajo. Valga su mención, sin embargo, para significar el cambio de tendencia en el consumo iniciado a principios de la época de Augusto que se afirmó incontestablemente en la de Tiberio, dando lugar a un nuevo y variado repertorio formal y decorativo.

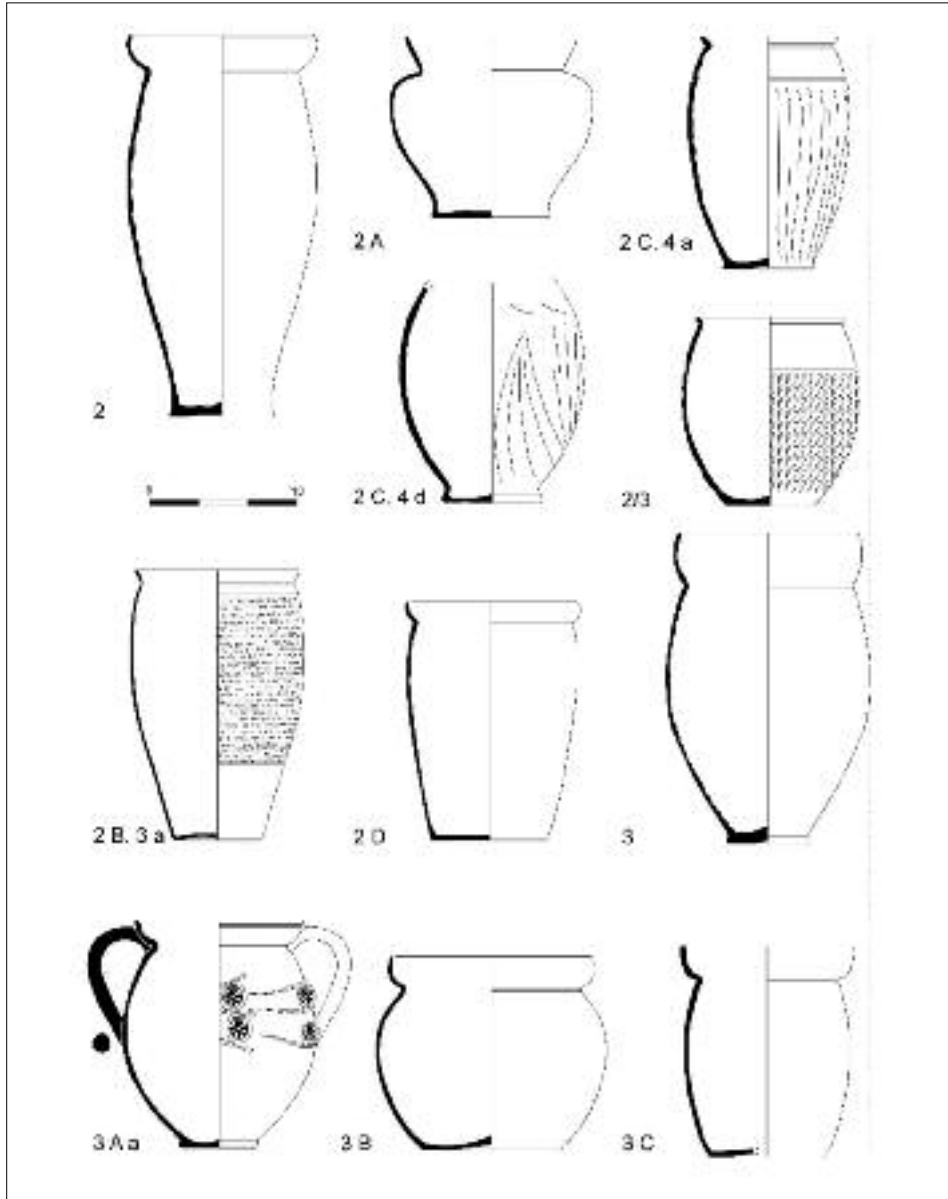
La forma 33/35, que definimos hace algunos años (López Mullor, 1986), abarca cuencos hemisféricos con una ranura hacia el centro de la pared externa, cuyas superficies presentan granos de arena de abundancia desigual incrustados en la arcilla antes de la cocción. Su pasta puede ser indistintamente oxidada o reducida, aun cuando los ejemplares grises son más abundantes. A veces, tiene un engobe ligero, más o menos anaranjado y casi siempre brillante, que recubre toda la pieza. Este tipo se produjo en centros de Italia si-

tuados en Aquileia y quizá en el Lacio (Ricci, 1985: 319), así como en Ibiza. Por otra parte, se obró en la *figlina* de Herrera de Pisuerga (Palencia), relacionada con la *Legio III Macedonica* (Pérez e Illarregui, 1995; Martín y Rodríguez, 2008: 398, fig. 10, 400), y en Mérida (Alba y Méndez, 2005), Cabrera de Mar, Barcelona (López Mullor y Martín, 2010) y en el Vila-sec (Alcover), cerca de Tarragona, como ya hemos señalado al tratar de la forma 33 (Roig, e.p.). Su notable expansión en el archipiélago balear habría sido responsabilidad de un alfar ebusitano cuyas manufacturas llegaron hasta Villaricos y Tipasa. Se fecha desde el inicio del último tercio del siglo I a.C. hasta el principio de la época de Claudio. Parece que la presencia de engobe no tiene connotaciones evolutivas y, en todo caso, está reservada a las piezas itálicas. También está presente en los boles de la forma 35, fechados en Cosa desde los últimos decenios del siglo I a.C. de los que aquí no tratamos al prolongarse su fabricación hasta principios de la época flavia (Marabini, 1973: 239, 254, tipo 36; López Mullor, 1989: 167). Las piezas baleáricas no poseen una fecha precisa, pues en gran parte proceden de excavaciones antiguas. Sin embargo, se conocen algunas del período tiberiano (Llabrés, 1975: tumba 3; Arribas y Llabrés, 1983). Las de Herrera de Pisuerga acaban con el abandono del campamento legionario, a finales del principado de Tiberio (Carretero, 2008). En Cataluña existen piezas más tardías, como las del Vila-sec, que nos llevarían a mediados del siglo I, lo que también ocurre con la forma 33, aunque no sabemos con certeza si son residuales. Antes de terminar, mencionaremos la forma 66, un colador encontrado en Rubí (Barcelona). Se trata de un tipo poco habitual pero no insólito, cuya datación se remonta a época augustea aunque quizá perduró algunos decenios más.

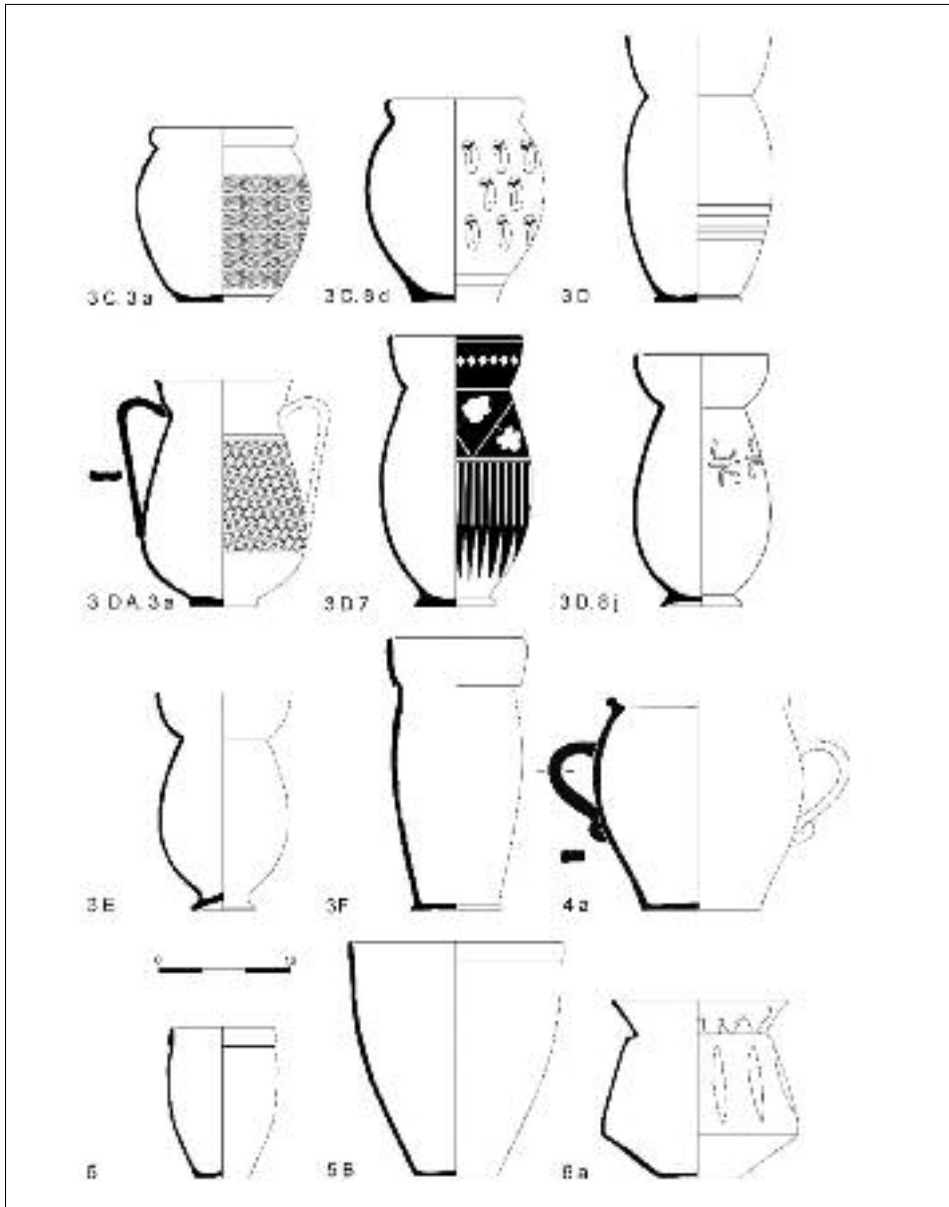
1.4. La producción ebusitana (Figs. 3, 15-19)

1.4.1. Antecedentes

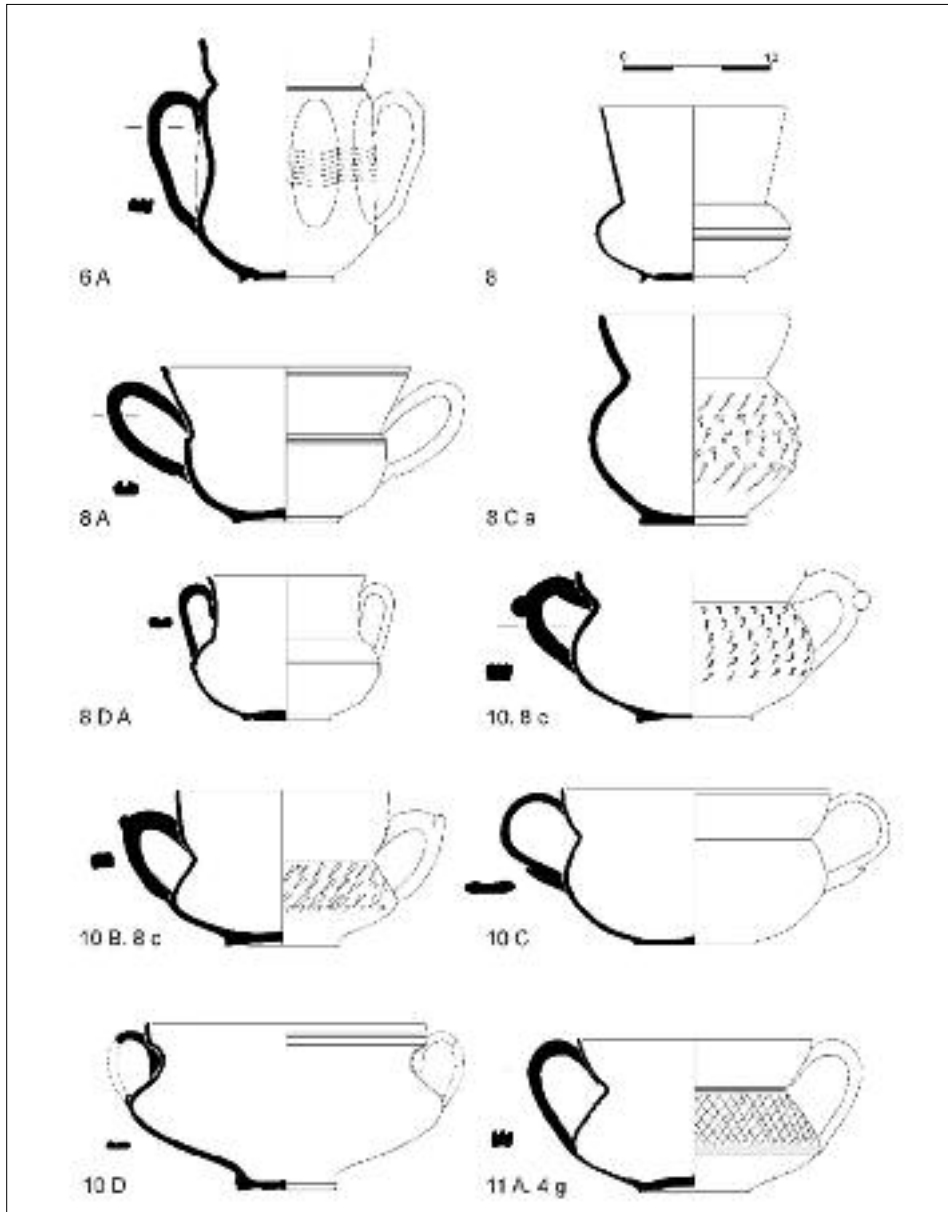
En 1975, en el transcurso del Congreso Nacional de Arqueología celebrado en Vitoria, presentamos por primera vez evidencias sobre la producción de cerámica romana de paredes finas en Ibiza (López Mullor, 1977). Se trataba de un grupo de tazas con decoración incisa conservadas en el Museo Arqueológico Nacional procedentes de la necrópolis del Puig des Molins. Poco después, en la obra de conjunto de Mayet (1975: 139-140), vieron la luz diversos tipos originarios de las Baleares, algunos de los cuales habían sido fabricados en Ibiza (3B, 4, 6a, 8 y 11). Además, en 1986, J.H. Fernández y J.O. Granados, describían las características tecnológicas de los vasos ebusitanos, dando a conocer algunas formas nuevas (3a, 3B, 3C. 3a, 21 y 61). En



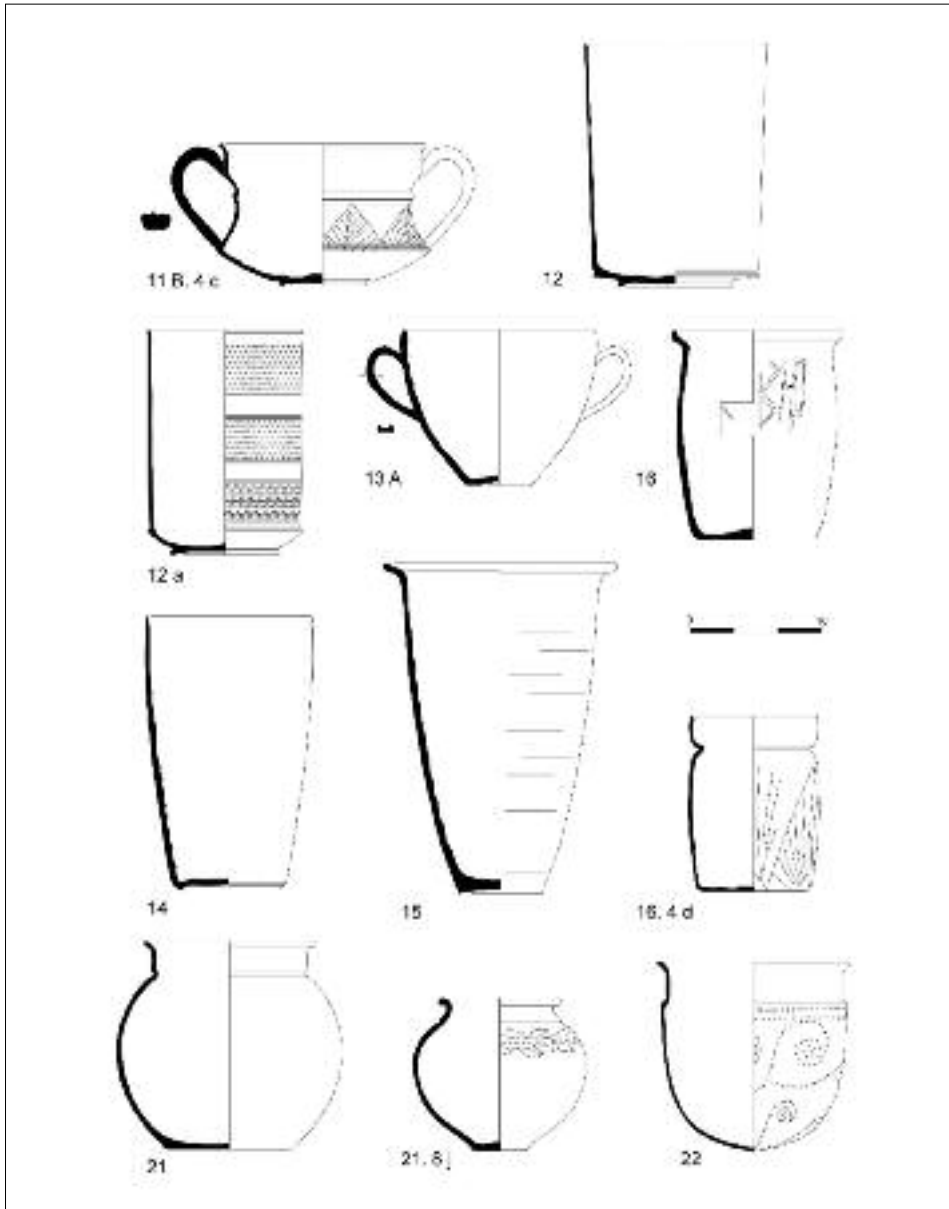
15. Cerámica ebusitana de paredes finas. **2** (My II, Mb. II, Ricci 1/361). Ibiza. López Mullor 1989, nº inv. 2227. **2 A** (My II A). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 2243. **2 B. 3 a** Puig des Molins. Fernández 1992, 157, nº inv. 374; Mayet 1975, 28. **2 C. 4 a** (My II C, Mb. IX). Ibiza. López Mullor 1989, nº inv. 2234; Mayet 1975, 28. **2 C. 4 d** So n'Oms (Palma de Mallorca). López Mullor, Estarellas 2000, 214. **2 D** *Id.*, *Ibid.* 2/3. 8 c (My. II/III). Ibiza. López Mullor 1989, nº inv. 2225. **3** (My. III, Mb. 7, R. 1/362). Sa Carrotja, Ses Salines (Mallorca). López Mullor 1989, nº inv. 2033; Mayet 1975, 31. **3 A a** (My. III Aa). Ibiza. *Ibid.*, nº inv. 2219; *Ibid.*, 34. **3 B** (My. III B). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 2210. **3 C** So n'Oms. López Mullor, Estarellas 2000, 214



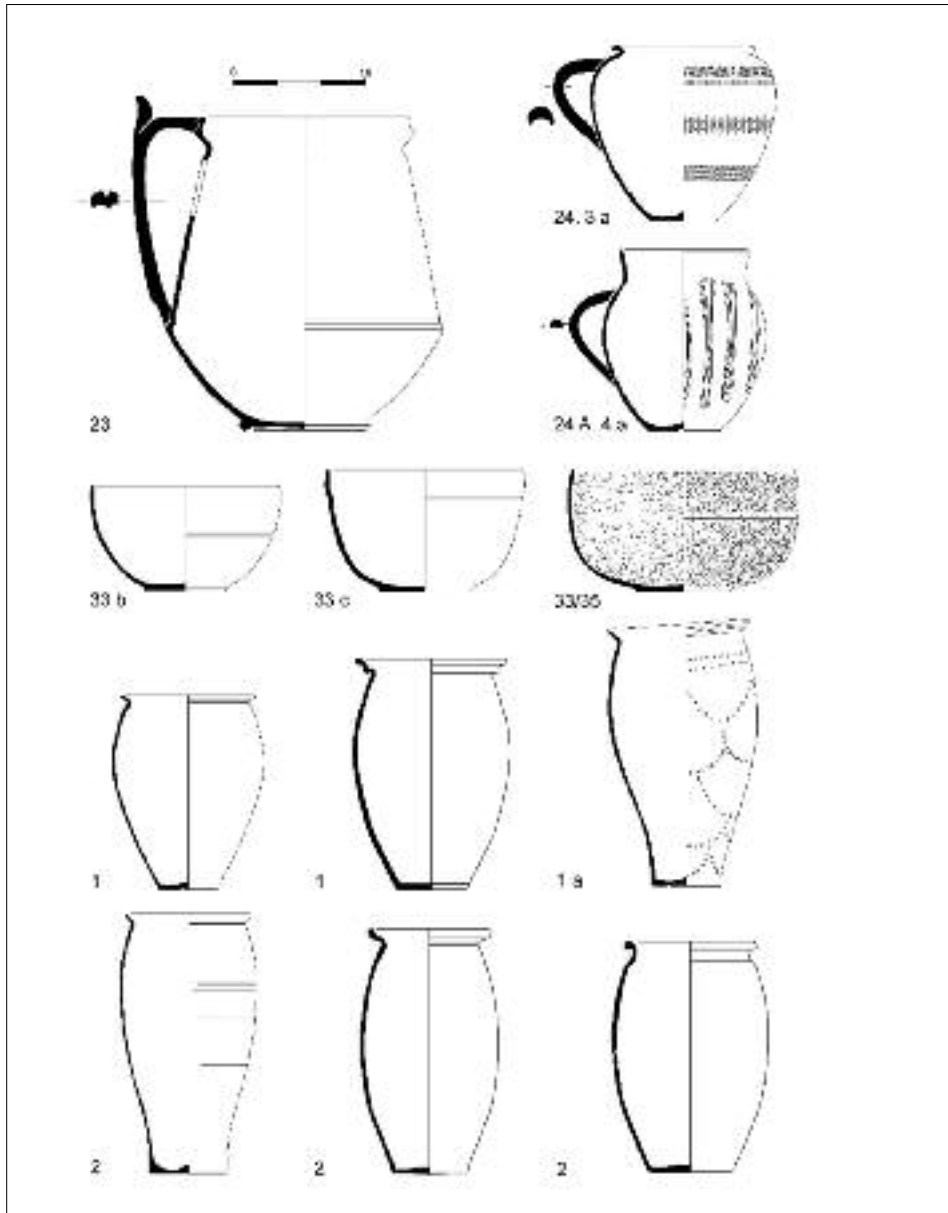
16. Cerámica ebusitana de paredes finas. **3 C. 3 a** Maó (Menorca). López Mullor 1989, 301, nº inv. 2200. **3 C. 8 d** (My. III Bb). So n'OMS, López Mullor, Estarellas 2000, 215; Mayet 1975, 33. **3 D** Sa Carrotja. Manera 1974, 389. **3 D A 3 a** *Id.*, López Mullor 1989, nº inv. 2112. **3 D 7** *Id.*. Manera 1974, 389; Font Obrador 1972; Orfila 1988, fig. 66. **3 D. 8 j** *Id.* Museu de Mallorca. **3 E** Menorca. López Mullor 1989, nº inv. 2177. **3 F** Puig des Molins. Fernández 1992, 237, nº inv. 686; Mayet 1975, 30. **4 a** (My. IV). So n'OMS. López, Estarellas 2000: 215; Mayet 1975, 35. **5** (My. V, R. I/46). Sa Carrotja. López Mullor 1989, nº inv. 2031; Mayet 1975, 36. **5 B** (My. 5 B, Mb XXXV). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 379. **6 a** (My. VI). So n'OMS. López Mullor, Estarellas 2000, 216



17. Cerámica ebusitana de paredes finas. **6 A** (My. VI A). Puig des Molins. Mayet 1975, 38. **8** (My. VIII). Maó. López Mullor 1989, nº inv. 2206; Mayet 1975, 40. **8 A** (My. VIII A). *Pollentia* (Alcúdia, Mallorca). Mayet 1975, 40. **8 Ca** (My. VIII C a). Puig des Molins. Fernández 1992, nº inv. 927; Mayet 1975, 41. **8 D A** Sa Carrotja. López Mullor 1989, nº inv. 2117; Mayet 1975, 49. **10. 8 c** (My. X, Mb XXV, R. 2/316). So n'OMS. López Mullor, Estarellas 2000, 216. **10 B. 8 c** (My. X B, Ricci 2/386). *Id.* Fernández 1992, nº inv. 454; Mayet 1975, 47. **10 C** (My. X C). Ibiza. López Mullor 1989, nº inv. 2222. **10 D** So n'OMS. López Mullor, Estarellas 2000, 216. **11 A. 4 g** (My. XI B). Son Taxaquet (Llucmajor, Mallorca). *Ibid.*, nº inv. 2148



18. Cerámica ebusitana de paredes finas. **11 B. 4 c** (My. XI A). Ibiza, *Ibid.*, nº inv. 2239. **12** (Mb. XXXIII, XXXIV, My. XII). *Id.*, *Ibid.*, 301, nº inv. 2221; Mayet 1975, 50. **12 a** (My. XII a). Menorca. *Ibid.*, nº inv. 2167. **13 A** *Pollentia*, López Mullor, Estarellas 2002, 242. **14** (My. XIV). So n'OMS. López Mullor, Estarellas 2000, 218; Mayet 1975, 52. **15** (My. XV, Mb. XII). Islas Baleares. López Mullor 1989, 306, nº inv. 2362. **16** (My. XVI). So n'OMS. López Mullor, Estarellas 2000, 218. **16. 4 d** (My. XVI). Ibiza. López Mullor 1989, nº inv. 2250. **21** (My. XXI, Mb. XXXI). Sa Carrotja, Manera 1974, 389. **21. 8 j** (My. XXI). Ibiza. *Ibid.*, nº inv. 2229. **22** (My. XXII). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 2228; Mayet 1975, 57



19. Cerámica ebusitana de paredes finas: 23 (My. XXIII). *Id.*, Mayet 1975, 58. **24 A. 4 a** (My. XXIV, Pinna 1986). *Ibid.*, nº inv. 2223. **24. 3 a**. Menorca. *Ibid.*, nº inv. 2169. **33 b** (My. XXXIII B, Mb. XXXVI). Menorca. López Mullor 1989, nº inv. 2165. **33 c**. Sa Carrotja. Manera 1974, nº inv. 21. **33/35** (Mb. XXXVI). Son Taxaquet. López Mullor 1989, nº inv. 2141. **23 - 33/35 Cerámica de paredes finas de la franja litoral de Hispania Citerior: 1** (My. I). Empúries, López Mullor 1989, nº inv. 6. **1** (My. I). Valencia, Ribera, Marin 2005. **1 a** (My. I a). Empúries, López Mullor 1989, nº inv. 9. **2** (My. II). Porqueres (Banyoles, Girona), *Ibid.*, nº inv. 986. **2** (My. II). Valencia, Ribera, Marin 2005. **2** (My. II). *Id.*, *Ibid*

nuestra obra sobre las cerámicas de paredes finas de Cataluña (López Mullor, 1989), en la que también se hacía referencia a los materiales baleáricos, incluimos gran número de formas ebusitanas, muchas de las cuales eran inéditas: 3A, 3a, 3B, 3C. 3a, 3C. 8s, 4, 6, 11, 14, 16, 21, 24 y 57-63.

Durante algunos años, la investigación sobre este tema permaneció estancada. No obstante, el estudio de los materiales hallados en el santuario de So n'Oms (Palma de Mallorca) (López Mullor y Estarellas, 2000), desveló que el repertorio de las paredes finas ebusitanas era todavía más extenso. Muchas de las piezas de este sitio, que se habían dado como itálicas años atrás, resultaron ser insulares, comprobándose, además, que algunas formas decoradas con motivos típicamente ebusitanos habían sido manufacturadas en pasta roja o bicolor y no sólo en gris. Tal variedad cromática, ya constatada en las paredes finas itálicas o, en las de la Hispania Citerior, demostró que la producción ebusitana era mucho más amplia de lo que se suponía, siendo necesario revisar su tipología y difusión. Estos propósitos intentamos cumplirlos en una serie de dos artículos publicados al poco tiempo (López Mullor y Estarellas, 2002; 2003).

La revisión de materiales de origen baleárico conocidos desde antiguo, como los citados de So n'Oms, o los de la necrópolis de Sa Carrotja (Ses Salines, Mallorca) (Manera, 1974; Orfila, 1988), así como el estudio de nuevos contextos, como los de la Casa de Correos de Ciutadella, Menorca (López Mullor, 2000), Son Mas, Mallorca (Mulder *et alii*, 2007) y Can Muntanyans, en la ciudad de Palma (López Mullor *et alii*, 2008), o bien fondos del museo de Mallorca (Estarellas *et alii*, 2002), evidenció que se trataba de productos muy homogéneos, apareciendo las decoraciones ebusitanas más típicas, tanto en las piezas reducidas, como en las oxidadas. Por otra parte, se comprobó que las producciones itálicas, de entre el segundo o tercer cuarto del siglo I a.C. hasta el inicio de los Flavios, eran escasas en los contextos insulares, ocupando su lugar las piezas de Ibiza que habían copado el mercado baleárico. Sólo la llegada masiva de cerámica bética, hacia el final del principado de Claudio –presente de forma incipiente desde algo antes– había detenido tal hegemonía.

Establecer la datación precisa de cada uno de los tipos ebusitanos constituye una labor ardua, puesto que la mayoría del material procede de excavaciones realizadas a principios del siglo XX, cuyo registro fue sumario, como los de la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza), depositados en el museo de la ciudad, así como en los de Madrid, Barcelona y Valencia. A pesar de ello, los nuevos estudios sobre los contextos procedentes de este lugar, como la te-

sis de J. H. Fernández (1992), a propósito de las excavaciones de los años veinte, o la publicación de la colección del Ayuntamiento de Valencia (Vento, 1985), fueron de gran ayuda, permitiendo establecer puntos de partida cronológicos seguros. También son una buena referencia los vasos procedentes de necrópolis del *ager pollentinus*, especialmente para el período más tardío de la producción (Almagro y Amorós, 1953-1954; Llabrés, 1975; Arribas y Llabrés, 1983).

1.4.2. Características del material y tipología

Estas cerámicas no son del todo uniformes. Sus pastas pueden adoptar diversas tonalidades, tanto grises como oxidadas, existiendo ejemplares bicolors o de sándwich. Con todo, las más abundantes son las oscuras, destacando entre ellas las grises, hasta el punto de que durante algún tiempo se creyó que las paredes finas de Ibiza sólo podían tener esta clase de pasta. En realidad, un vistazo a los vasos publicados permite comprobar que existen algunos tipos obrados únicamente en pasta oxidada, como, por ejemplo, el 2C con decoración incisa de triángulos (4d). Tal ornamentación se da exclusivamente en los productos ebusitanos, como demuestran las tazas de los tipos 11A y B. Por tanto, teniendo en cuenta esta identidad en sus motivos decorativos, resulta sencillo suponer un origen común para las formas 2Ca y 11A ó B, aunque la pasta de la primera sea predominantemente rojiza y en la segunda abunden las piezas grises. Los motivos incisos también se han constatado en la 16, lo que clarifica todavía más la cuestión, al poder asociar automáticamente las formas 2C, 11A, 11B y 16.

Una vez identificados los caracteres tecnológicos de estas piezas, se impuso la necesidad de establecer su tipología, que publicamos en diversos trabajos (López Mullor y Estarellas, 2002; 2003; López Mullor, 2008). En ella, en aras de la simplicidad, nos abstuvimos de proponer una reordenación radical en la denominaciones utilizadas hasta entonces, sino que, tal y como habíamos hecho en nuestra obra sobre las paredes finas en Cataluña (1989), procuramos utilizar siempre que fue posible la serie propuesta por F. Mayet (1975). De todos modos, al tener que plantear una nueva clasificación de la mayoría del material insular, decidimos intercalar o añadir a la tipología inicial numerosas formas y variantes. El resultado fue una nomenclatura alfanumérica en la que las cifras romanas pasaron a ser arábigas y que, salvo en lo concerniente a las formas completamente nuevas, situadas al final de la serie, conservaba el orden cronológico primitivo.

Junto a los números de cada forma se sitúan, cuando la posee, los referidos a su decoración, según las denominaciones propuestas en López Mullor, 1989: 14-15.

- 1: arenosa
- 2: rugosa
- 3: ruedecilla (3a: simple, 3b: compleja, 3c: cuadrangular)
- 4: incisa (4a: a peine, 4b a 4d: diversas combinaciones de ángulos y/o triángulos)
- 5: depresiones
- 6: cordada
- 7: pintada
- 8: a la barbotina (8a: perlitas, 8b: frisos de puntos o besantes, 8c: espinas, 8d: escamas de piña típicas, 8e: escamas de piña esbozadas, 8j: hojas de agua, 8f a 8l y 8k a 8p: otras combinaciones propias de época imperial).
- 9: técnica mixta (9a: alienaciones de cuadrados, 9b: cenefas combinadas con rosetas, 9c: rosetas aisladas).

En las ilustraciones que acompañan a este texto, en aras de una mayor brevedad, presentamos sólo lo esencial de esta tipología, prescindiendo de las formas de menor personalidad o conservación fragmentaria.

1.4.3. Cubiletes

Son los vasos mayoritarios en los alfares de Ibiza. Por el momento, de la forma 1 sólo se conoce la variante 1b, con decoración cordada (Fig. 3), que se fecha entre principios del siglo I a.C. y la época de Augusto, período de máxima difusión de los originales itálicos, como por ejemplo la forma Marabini X. La forma 2 es mucho más plural. El tipo *stricto sensu* es difícil distinguirlo de las piezas importadas sólo a través de dibujos, dado su parecido con éstas, lo que también sucede con las imitaciones ibéricas. De todas maneras, su expansión por el archipiélago es evidente. La fecha de esta forma abarca desde el primer cuarto del siglo II a.C. hasta época augustea, aunque el inicio de las imitaciones ibéricas data del último cuarto del siglo II a. C. En Ibiza las piezas más antiguas que se conocen pueden también remontarse al siglo II a. C. avanzado. La forma 2A es una de las más típicas, aunque su datación, a falta de contextos claros, no ha avanzado desde que fue situada por Mayet a finales del siglo II o principios del I a.C. Las 2B.3a sólo se ha encontrado en Balears. Su talón de Aquiles, como siempre, es la datación, que Mayet cifró a

mediados del siglo I a.C. por comparación con el material de Cosa, no exactamente parecido. Por eso creemos que tal fecha no debe ser, por el momento, definitiva. Dentro de la 2C se encuentran ejemplares con decoración incisa (2C.4d), fechados entre comienzos del período augusteo y el final del principado de Tiberio. La forma 2D, de momento, sólo se conoce en Son'oms en un contexto augusteo.

En el estado actual de nuestros conocimientos, se hace difícil determinar la expansión de las formas 3 y 3a (Fig. 20) producidas en Ibiza. Evidentemente, se han catalogado ejemplares en las Baleares, pero es casi imposible detectarlas observando sólo su dibujo. Por tanto, se hace indispensable una nueva identificación de este material. Un fenómeno similar ocurre con el tipo 3A, aunque conozcamos directamente ciertos ejemplares ebusitanos, uno de ellos fechado en época augustea. Esta datación concuerda con la del prototipo itálico, establecida entre mediados del siglo I a.C. y los primeros decenios del siglo I d.C. La forma 3Aa es algo más clara. De origen exclusivamente insular, se data en época de Augusto y Tiberio y su expansión fuera del archipiélago alcanza el norte de África y Sicilia. La forma 3B es una de las más características de la producción ebusitana. Se ha constatado en las Baleares, la fachada mediterránea de la Península Ibérica y el litoral de Marruecos, Argelia y Túnez, además de en la Península Itálica y Sicilia. Es decir, recorriendo las rutas del antiguo comercio púnico, que continuaban activas en un momento tan avanzado como la segunda mitad del siglo I a.C., período de *floruit* del tipo. Presenta una variante con asas, la 3BA y está emparentado for-



20. Forma 3 a. Ibiza, foto: Museu d'Eivissa i Formentera (MEF)

malmente con la 3C, documentado en época de Augusto. Los cubiletes de la forma 3C.3a (llamados IIIBa por Mayet) pueden tener tres procedencias: Ibiza, Tarragona y, probablemente, un lugar indeterminado de la Toscana. La difusión de los productos ebusitanos parece limitarse a las Baleares, teniendo en cuenta que los de Tarragona abundan en la costa central de Cataluña, siendo perfectamente reconocibles y diferentes de los insulares. Su atribución inicial al período augusteo debe mantenerse, pero conviene no olvidar que en Cataluña pueden llegar a mediados del siglo I d.C. La forma 2-3 constituye una simple variante de la 3. Está decorada a la barbotina con escamas de piña de diferentes facturas: 8c y 8e. Su perfil y ornamentación invitan a situarla en el período Augusto – Tiberio. Las mismas conclusiones son válidas para las 3C.8d y 3C.8e, en las que se repiten las decoraciones inspiradas en las escamas de piña. Por otra parte, los cubiletes de la forma 3C.4a presentan una decoración incisa de líneas inclinadas, semejante a la de la forma 24.4a, muy frecuente en Ibiza, pero que, como hemos visto más arriba, también se produjo en diversos lugares de Italia. El tipo 3D es igualmente ebusitano y se encuentra en todo el archipiélago balear. Presenta diferentes variantes decorativas, siendo la pintada (3D.7) la más original. Parece fecharse en los principados de Augusto y Tiberio, aunque una variante decorada con hojas de agua (3D.8j), cuya disposición es análoga a la presente en los cuencos, bien pudiera llegar a mediados del siglo I. Para acabar con la multitud de variantes de la forma 3, es preciso citar las 3E y 3F, desprovistas de contexto preciso, que se han atribuido a los últimos decenios del siglo I a.C. y a los primeros del I d.C.

La forma 4 (Fig. 21) sólo se ha encontrado en las Baleares. No se parecen a ningún prototipo itálico y su cronología oscila entre el 70-60 a.C. y la época de Nerón, aunque creemos que el período Augusto – Claudio es el de su máxima expansión. Las piezas del tipo 5 y sus variantes pertenecen claramente a la producción ebusitana. Sólo el subtipo 5B (Fig. 22) es bien conocido en el continente, habiendo sido obrado en Italia –seguramente en la Toscana– y las Galias (Grataloup, 1986; 1988). Su cronología se ha centrado en los principados de Augusto y Tiberio, aunque su producción, como mínimo la de esta variante 5B, pudo haber empezado en el tercer cuarto del siglo I a.C. De la misma época, aunque durasen hasta mediados del siglo I d.C., son las diversas variantes de la forma 6 (Fig. 23). La 8 y 8b tienen, sin duda, un origen hispánico. La primera no se conoce.

Las formas 8, 8B y 8Ca son, sin duda, de origen hispánico. La primera únicamente es conocida en las Baleares y la segunda aparece también en An-

21. Forma 4. Ibiza, foto:
MEF



22. Forma 5B. Ibiza,
foto: MEF



23. Forma 6. Ibiza,
foto: MEF



dalucía, como veremos más adelante, con pocos cambios formales (Mayet, 1975: 39-40; López Mullor, 1989: 122-123). Se ha podido establecer el origen ebusitano de los vasos hallados en las Baleares. Los descubiertos en la península podrían proceder, del sudeste, así como de Andalucía occidental. También en Cataluña existen producciones uniformes que bien podrían ser de un taller local, quizá situado en los alrededores de *Tarraco*. Estos grupos de piezas deben ser estudiados con más detenimiento, con el fin de poder deslindar definitivamente las diferentes producciones. En cuanto a la cronología de las baleáricas, se ha señalado su posible origen preaugusteo, (Mayet, 1975: 39), aunque su fabricación continuó hasta mediados del siglo I d. C. (López Mullor, 1989: 122-123; Fernández, 1992: 300, 302, n° 927, fig. 166). Por otra parte, las formas 8, 8A y 8DA se aproximan formalmente a las tazas de los tipos 10 y 11. La primera es netamente ebusitana, teniendo en cuenta su específica decoración de hojas de agua, muy frecuente en los boles. Se fecha entre la época de Tiberio, como mínimo, y el inicio del período Flavio. Los tipos 8D y 8DA son muy parecidos, salvo por la falta de asas del primero, y podrían encuadrarse entre los últimos decenios del siglo I a.C. y la época de Tiberio.

1.4.5. Tazas y vasos

Tal y como hemos visto al tratar de las paredes finas itálicas, en *Ebusus*, junto a una amplia representación de cubiletes, se produjeron numerosas tazas. Se trata de formas de gran personalidad, fácilmente reconocibles, que sirvieron, en primera instancia, para alertar sobre la existencia de la producción insular. Por lo que se refiere a su perfil, el de la forma 10 es bastante más cer-



24. Forma 10B. Ibiza, foto: MEF



25. Forma 11 A. Ibiza, foto: MEF

cano al de los originales itálicos, especialmente el de la variante 10A. Sin embargo, su decoración se muestra elocuente, presentando algunos motivos incisos muy típicos. Entre los realizados a la barbotina, se encuentran algunos parecidos a las itálicas, como los denominados 9b y 9c, junto a otros, como el 8c de pequeñas espinas, característico de las series insulares. En cualquier caso, la variante tipológica más original es la 10B (Fig. 24), que abarca tazas altas, decoradas con escamas de piña. Las 10C y 10D, siempre lisas, tienen un perfil singular. Los numerosos subtipos de la forma 11 son particularmente vistosos. Su carena está bien marcada, casi en ángulo agudo, aunque en el 11A (Fig. 25) la mitad superior de la pared sea simplemente inclinada, y en el 10B cóncava. Tanto la una como la otra, ostentan diferentes decoraciones incisas. Este conjunto de tazas tuvo una amplia difusión en las Baleares. En cambio, en la Península se conoce sólo un paralelo en Tarragona. En Cosa existen piezas con decoración similar pero de origen itálico. Se han fechado tradicionalmente en el período Augusto - Tiberio.

Las formas 12 y 12a fueron producidas en diversos talleres provinciales, algunos conocidos de antiguo, como el de La Muette (Lyon) y otros puestos de relieve recientemente, como los del noroeste de España. Con todo, sus prototipos son itálicos, correspondiendo a las formas Marabini XXXIII y XXXIV de paredes finas y *Conspectus* 50 de *terra sigillata*. Las de Ibiza los imitan fielmente, aunque su decoración de ruedecilla esté dispuesta de una manera particular. La variante con asas (12A) parece que sólo se produjo en la isla. Su datación no es fácil, dada la procedencia poco documentada de la mayoría de las piezas; no obstante, desde el punto de vista formal, concuerdan

con los vasos del período augusteo y tiberiano. El tipo 13, también derivado de un original tirrénico, puede encuadrarse principalmente en la época de Augusto. Las formas 14, 14a y 15 vuelven a ser muy semejantes a las itálicas y la 16 recuerda a productos de esta procedencia aparecidos en el puerto de Nápoles estudiados recientemente por Faga (2010). Todos estos vasos, de momento, se datan en los dos decenios anteriores y posteriores al cambio de era. Nuevos hallazgos podrían indicar una pervivencia algo mayor, como parece adivinarse en el sitio de So n'Oms, ya citado.

El tipo 21 abarca tanto piezas lisas como decoradas a ruedecilla (21.3a), con bandas en relieve (21.6) u hojas de agua (21.8j). Sus hallazgos se extienden por las Baleares, Cataluña e Italia, habiéndose producido en ambas zonas, como también parece que ocurrió en el noroeste de la península. Podemos atribuirle una fecha que abarca desde el período augusteo hasta más allá del tiberiano. Las piezas más antiguas podrían ser las lisas, mientras que las decoradas, especialmente las que presentan hojas de agua (21.8j), probablemente alcancen los primeros decenios de nuestra era. Las formas 22 y 23 son también ebusitanas. De la primera sólo se conoce el prototipo, publicado varias veces, del que se ignora su fecha. Su decoración recuerda a la de la forma 1 a pero no sirve de mucha ayuda, puesto que la fecha de los cubiletes “claveteados” se extiende desde un momento inicial del siglo II a.C. hasta el inicio de la época augustea. Sobre el tipo 23, es necesario apuntar que debió tener una sola asa, y no dos como se dibujó hace años (Mayet, 1975: 58, n° 200), teniendo en cuenta los vasos dados a conocer más tarde (Fernández y Granados, 1986: 55, lám. 2.1; Vento, 1985: lám. 31; Estarellas *et alii*, 2002: 397, l. III.3). Ya nos hemos ocupado de la forma 24 al tratar de los vasos itálicos. No obstante, debemos añadir que en Ibiza también se produjo, junto a la 24A, cuyo borde es algo más vertical. Presenta decoración a peine (24.4a), a ruedecilla (24.3a) o con depresiones (24.5). Su datación se extiende desde el 20-15 a.C. hasta época de Nerón (Llabrés, 1975; Arribas y Llabrés, 1983).

La masiva proliferación de nuevas formas ebusitanas, que se produce desde época augustea y especialmente tiberiana, llegando a un momento muy avanzado del siglo I, más allá del inicio de la época flavia, supone la desaparición del repertorio formal que hemos visto hasta aquí. Los cubiletes vasos y tazas fueron sustituidos por un número considerable de cuencos, clasificados dentro de los tipos 25 al 33, así como un amplio conjunto de pequeños vasos que recuerdan a las ánforas (57, 58), los *olpai* (60, 61), los *oinochai* (62), las *ampullae* (63) y las jarritas (59, 71-73). De todos estos tipos, algunos de los cuales tienen sus orígenes poco antes del cambio de era, pero cuyo desarro-

llo sobrepasa con creces los límites cronológicos de esta síntesis, hemos dado noticia en otros trabajos (López Mullor, 2008; López Mullor y Estarellas, 2003).

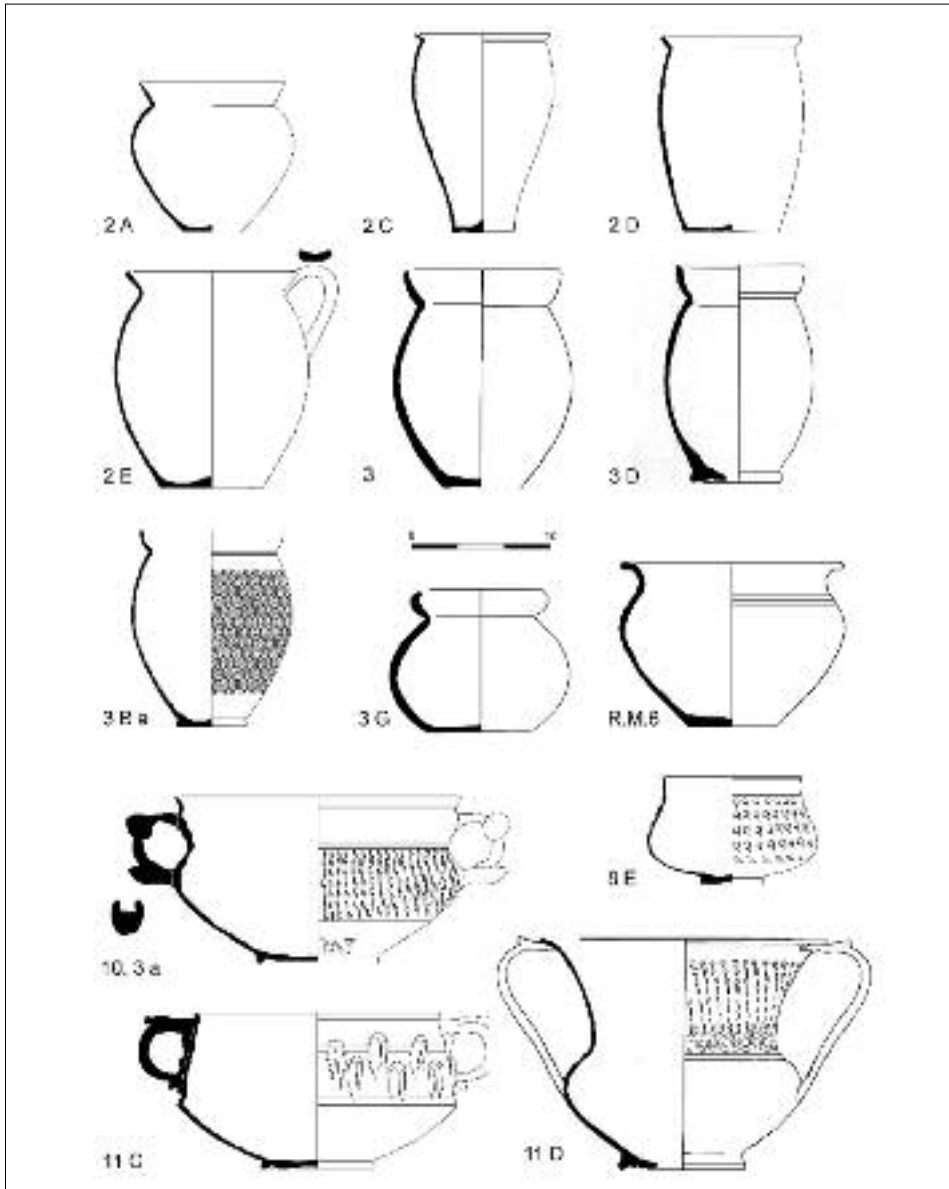
1.5. Las producciones de la franja litoral de la Hispania Citerior

(Figs. 19, 26-28)

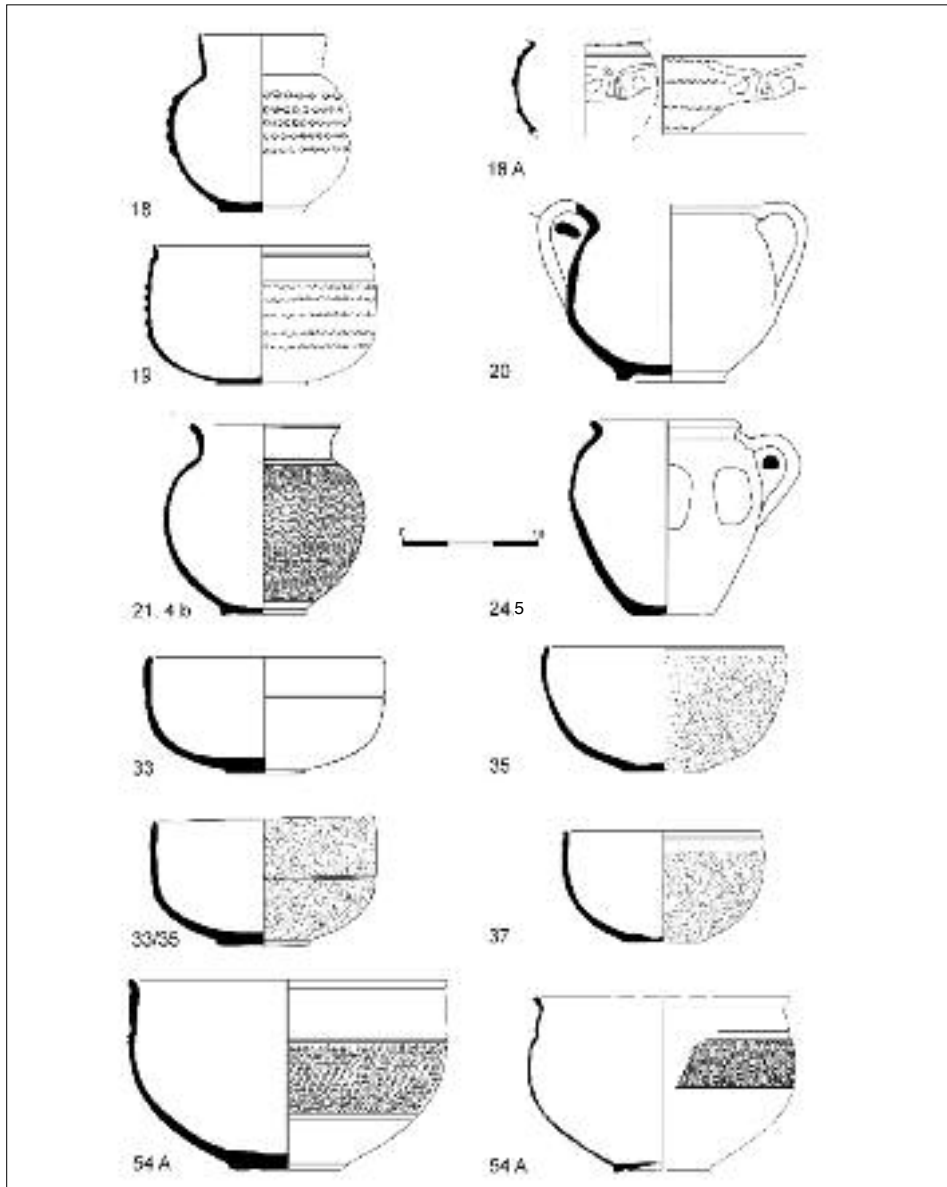
Las imitaciones locales de la forma 1 se han detectado mayoritariamente en *Emporiae*, donde también abunda su variante 1a, fechándose a lo largo del siglo I a.C. También se conocen en la Layetania (García, 1992), donde se datan a partir del último cuarto del siglo II a.C., aunque se generalizan durante la primera mitad del I a.C. La presencia en estos dos lugares no quita que, casi con toda seguridad, pueda aparecer en otros talleres costeros. Entre ellos, destacamos el de *Valentia*, localizado en 1990, fechado entre el 75 a.C. y la época augustea (Ribera y Marín, 2005). La tipología de sus productos se inspira en las formas itálicas 1, 2 y 2 A, según puede verse en la figura 19. En este caso se encontró el horno, en relativo buen estado de conservación, y un número importante de piezas en un vertedero próximo.

La forma 2 y muchas de sus variantes fueron producidas en numerosos centros ibéricos, tanto en pasta gris como oxidada, generalmente de gran calidad y, a veces, con algún indicio de pintura, como los aparecidos en Darró (Vilanova i la Geltrú) y L'Argilera (Calafell). M. Almagro (1953: 266) definió por primera vez las que se obraron en *Emporiae* o su *binterland*. Sin agotar la nómina de sus restantes talleres, que fueron muchos, podemos enumerar, de norte a sur, el de La Lagaste (Aude), en el sur de Francia, todavía dentro del territorio ibérico (Rancoule, 1970; 1973), el o los emporitanos, ya citados (López Mullor, 1989: 100-101; Nolla y Casas, 1992), el de Can Vedell (Bigues-Riells, Barcelona) (Hernández, 1983) y el de Ca l'Arnau (Cabrera de Mar, Barcelona) (López Mullor y Martín, 2010). Más al sur, se conoce un vaso defectuoso en Vallirana (Barcelona), que no debe venir de muy lejos, así como la amplia producción de Darró (Vilanova i la Geltrú, Barcelona) (López Mullor, 1989; López Mullor y Fierro, 1993; 2004) y la de Fonstcaldes (Lafuente, 1992) y Els Vilars (Adserias y Ramon, 2004), ambos en Valls (Tarragona). Estas producciones se fechan desde el tercer cuarto del siglo II a.C. hasta el inicio de la época augustea, aunque su *floruit* se sitúa entre el *circa* 110 y el *ca.* 70 a.C. (López Mullor, 1989 b: 100-101).

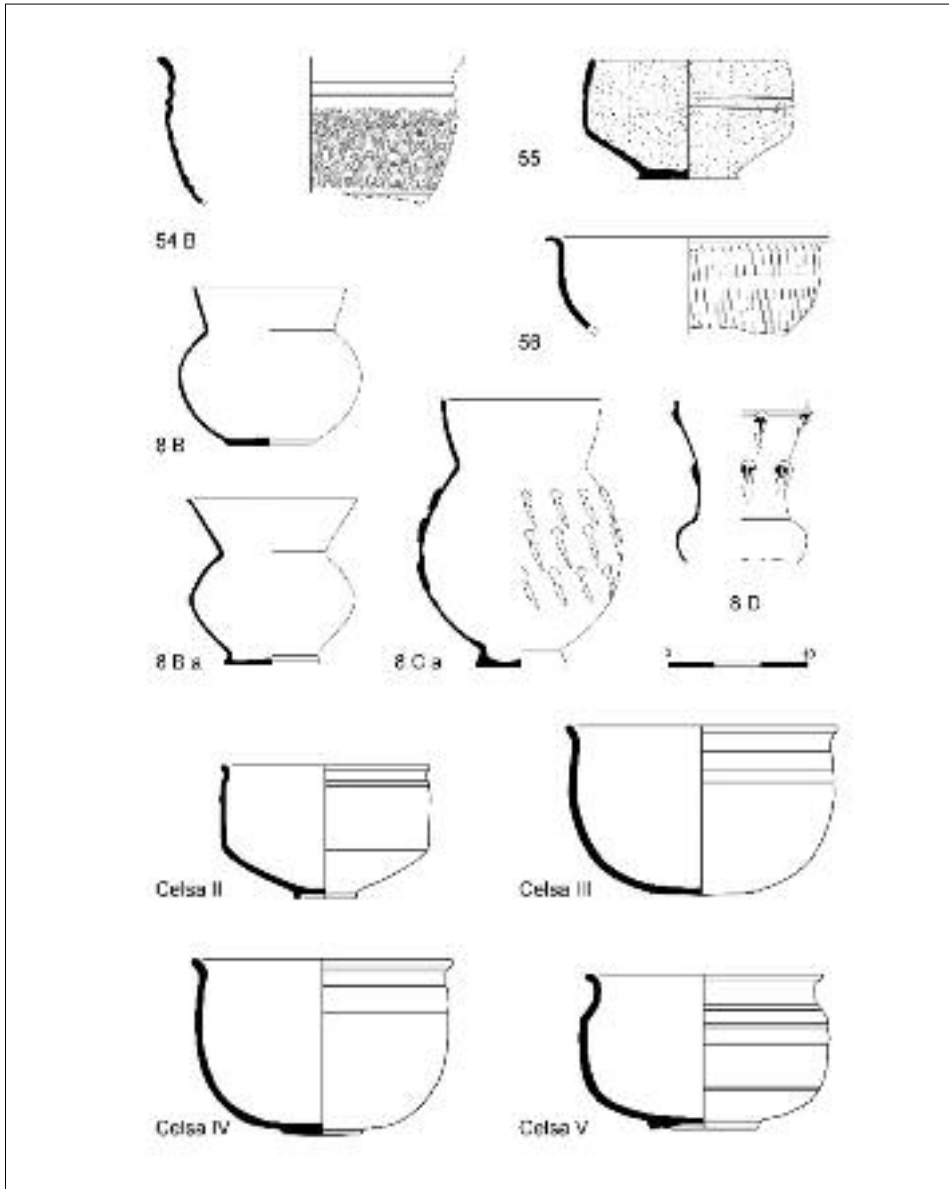
En la publicación de los materiales procedentes de los silos de Sant Julià de Ramis, Girona (Burch y Sagrera, 2009: 229-234), los cubiletes locales o



26. Cerámica de paredes finas de la franja litoral de la Hispania Citerior. **2 A** (My. II). Empúries, López Mullor 1989, nº inv. 193. **2 C** (My. II). Darró (Vilanova i la Geltrú), López Mullor, Fierro 2004, tipo 06110. **2 D** (My. II). *Id.*, *Ibid.*, tipo 06210. **2 E** (My. II). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 454. **3** (My. III, Mb. IV, R. 1/20, Nolla *et al.* 4.1.3). Empúries. **3 D** (My. III, Mb. IV, R. 1/20, Nolla *et al.* 4.1.1). Montfullà (Girona). **3 Ba** (My. III Ba). Tarragona, López Mullor 1989, nº inv. 1671. **3 G** (My. III, Nolla *et al.* 2003, forma 4.5), Empúries. Almagro 1955, 182-183. **RM 6** (Ribera Marín 2005, forma VI), Valencia. **8 E** Empúries. López Mullor 1989, nº inv. 934. **10. 3 a** (My. X, Mb. XXV, Nolla *et al.* 6.3). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 223. **11 C** (My. XXXVIII A, López Mullor 1989, tipo 199.25.2). *Id.*, *Ibid.*, nº inv. 199. **11 D** (Nolla *et al.* 2003, tipo 6.2), Tolegassos, (Viladamat, Girona)



27. Producciones de la franja litoral de Hispania Citerior: 18 (My. XVIII). Vic. López Mullor 1989, nº inv. 1863. **18 A** Darró (Vilanova i la Geltrú, Barcelona), *Ibid.*, nº inv. 1665. **19** (My. XIX). Barcelona, *Ibid.* nº inv. 1570. **20** (My. XX, Nolla *et al.* 2003, forma 6.1). Montfullà (Girona). **21. 4 b** (My. XXI, Mb. XXI, Nolla *et al.* 2003, tipo 4.3). *Id.* **24. 5** (My. XXIV a, Nolla *et al.* 2003, tipo 5.2). *Id.* **33** (My XXXIII), El Vila-sec (Alcover, Tarragona), Roig en prensa. **33/35** Can Rodon de l'Hort (Cabrera de Mar, Barcelona), López Mullor, Martín 2010. **35** (My XXXV), El Vila-sec (Alcover, Tarragona), Roig en prensa. **37** (My XXXVII), *Id.*, *Ibid.* **54 A** (López 1986; 1989, LIV; Puerta 1986, IX, Celsa III). **54 A** El Vila-sec (Alcover, Tarragona), Roig en prensa



28. Cerámica de paredes finas de la franja litoral de la Hispania Citerior: 54 B (López Mullor 1986; 1989, LIV B; Nolla et al. 2003, 4.4 Tarragona, López Mullor 1989, nº inv. 1704. **55** (López Mullor 1986; 1989, LV). Tarragona, *Ibid.*, nº inv. 1672. **56** (López Mullor 1986; 1989, LVI). Reus (Tarragona), *Ibid.*, nº inv. 1773. **Cerámica de paredes del interior de la península Ibérica: 8B** (My. VIII B). Peal de Becerro (Jaén). López Mullor 1989, nº inv. 2301. **8 Ba** (My. VIII B). *Id.*, *Ibid.* nº inv. 2300. **8 Ca** (My. VIII Ca). **8 Ca** Mérida. *Ibid.*, nº inv. 2336. **8 D** Museo Arqueológico Nacional, sin procedencia, *Ibid.*, nº inv. 2283. **Celsa II**, Mínguez 2010. **Celsa III** (54 A), *Ibid.* **Celsa IV** (54 B), *Ibid.* **Celsa V**, *Ibid.*

:

regionales de la forma 2 aparecen en dos contextos. Uno que abarca desde el *ca.* 125 al *ca.* 80 a.C. y otro del 100-70 a.C. Basándose principalmente en estas evidencias, Burch y otros (2010: 146-147, 151-154) datan el ciclo productivo de tales vasos entre el 130/125 y el 70/50 a.C. Nuestra opinión, tal como exponemos en el texto y venimos comprobando desde 1986, es que, en realidad, se inició unos decenios antes y finalizó unos decenios más tarde.

Existen piezas epigonales, como las fabricadas en El Roser (Calella, Barcelona), desde el período augusteo hasta el 60 de nuestra era, aproximadamente (López Mullor, 1985: lám. II, forma 4A), o la producción tardía con engobe rojo identificada en *Ilerda*, que va desde principios del siglo I a.C. hasta el período flavio (Morán y Payà, 2007: 189, 202, lám. 14).

Hemos mencionado más arriba que el tipo 2 en diversas variantes se produjo en la ciudad de *Valentia*, juntamente con el 1, pero su presencia en los centros del país valenciano y la región de Murcia es mucho más abundante, acompañado, a veces de la forma 3. En 1989 (López Mullor: 102) señalamos la presencia de ejemplares “locales o regionales” en La Vilavella de Nules, Sagunto, quizá Pego en Cartagena. Sin duda, un pequeño exponente de la producción de esta clase de piezas que debió ser importante. Como ejemplo, pueden citarse las procedentes de Alicante (Sala *et alii*, 2007: 136-137, fig. 4.1-2), de pasta gris y factura ibérica epigonal. Se clasifican dentro de la forma 2, fechada entre el 100 y el 40 a.C., y la 3, que aparece de manera residual dentro de un contexto del 55-70 d.C. Además, como en Cataluña, se han localizado piezas con decoración pintada de tipo ibérico. En Cartagena apareció una de la forma 3 en un contexto del *ca.* 50 a.C. – 50 d.C. (Ros, 1989: 101-103, fig. 39.1). En Mula (Murcia), entre los abundantes cubiletes descubiertos en la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado, 1986-1989), existe uno de la forma 2 (inv. 4951) con la misma decoración. Además, muchos de los restantes, no destacados por el autor, al ser “lisos”, de color ocre o gris, al igual que los itálicos, deben ser locales o regionales. La mayoría se fecha entre un momento avanzado del siglo II y gran parte del I a.C. No lejos de allí, el sitio de La Fuentecica del Tío Garrulo proporcionó una pieza regional de la forma 2, que se expone en el Museo de Lorca.

En cuanto a la forma 3, deben destacarse en primer lugar las piezas encuadradas en la llamada cerámica emporitana tardía, estudiada por Nolla y otros (2003: 45-46, lám. 45, tipos 4. 4.1, 4.1.b), quienes la fechan en el siglo I a.C., aunque hacen referencia a ejemplares de época augustea procedentes de Montfullà y Empúries. También se ha detectado en la Layetania en la misma época. En Cabrera de Mar se obraron sus variantes 3 y 3A que han apareci-

do en un conjunto cerrado de hacia el 40 a.C. (López Mullor y Martín, 2010). Además, no debe olvidarse que Puerta (1989: forma VIII) propugnó la producción de la forma 3a en Badalona, aunque de momento no hayan aparecido argumentos para demostrarlo. Por otra parte, cabe citar su variante G, establecida a partir de una pieza de las necrópolis de Empúries del siglo I a.C. bastante avanzado (Almagro, 1955: 182-183; Nolla *et alii*, 2003: forma 4.5). Debe añadirse que, dentro de las producciones tardías ilerdenses, también aparecen las formas 3 y 3A (Morán y Payà, 2007).

El vaso que nos sirve para ilustrar el subtipo 8E, ciertamente original, podría ser una variante local de la forma 8, producida en *Emporiae*. No conocemos su cronología, al carecer de contexto, aunque, teniendo en cuenta su perfil, podría estar cercana a la de los tipos 10 y 11. Dentro de éstos se encuadran las imitaciones de tazas en cerámica emporitana, que dieron a conocer Nolla y Casas (1992), quienes junto con otros autores han vuelto sobre el tema en otras oportunidades (Nolla *et alii*, 2003). En primer lugar, debe citarse el tipo 10.3a, fechado entre mediados del siglo I a.C. y la época de Tiberio. En segundo lugar, el 11C, que definimos con otro nombre en 1989 (199.25.2), de datación parecida, y en tercer lugar el 11D, claramente emparentado con las tazas, por lo que se refiere a perfil y cronología, pero cuya apariencia caliciforme también recuerda, aunque sea bastante de lejos, a la forma 8A. Recientemente, se ha determinado la producción de la forma 14A en Cabrera de Mar (Barcelona) (López Mullor y Martín, 2010). Se trata de la primera imitación de este tipo detectada en Cataluña, aunque C. Puerta (1986:74) presentó una pieza similar como posible producción de *Baetulo*, pero sin paralelos.

Las formas 18 y 19 son típicamente catalanas. Parece que proceden de *Tarraco* o su *hinterland*, aunque hace años especulamos con la probabilidad de otro centro de producción, más al norte, de momento, no hay pruebas de ello. Las dos tienen pasta oxidada de oscuridad variable y en algunas ocasiones poseen engobe brillante. Su ornamentación más típica es la de pequeñas escamas de piña a la barbotina dispuestas en hileras longitudinales y paralelas, aunque la primera puede presentar también esporádicamente rostros humanos (18A). En el área septentrional de Cataluña estos tipos escasean. No así más al sur, desde *Iluro* (Mataró), aproximadamente, donde copó una parte importante del mercado, junto con la 19 y la 54, extendiéndose por la franja costera bastante más allá de *Tarraco* y también por el interior, remontando el Ebro y llegando a Lleida. Además, se conocen hallazgos en las Baleares. Todo ello, especialmente, desde finales del siglo I a.C. y durante los dos pri-

meros tercios del siglo I de nuestra era, aunque su producción podría haber perdurado hasta el primer decenio de la época flavia, según se demuestra en Darró y en la villa de Els Hospitals (El Morell, Tarragona) (Macías, 2007). Sobre la forma 19 no nos extenderemos porque, aparte de la evidente diferencia morfológica con la anterior, su origen, cronología y área de expansión parecen ser los mismos.

Dentro del tipo 20 se pueden clasificar, de una manera más o menos aleatoria, distintas piezas parecidas entre sí, pero no iguales. Por una parte, las procedentes de *Emporiae* (López Mullor, 1989: forma 189.23.4; Nolla *et alii*, 2003: forma 6.1.), que debieron producirse en la ciudad o sus alrededores, hacia los últimos decenios del siglo I a.C. y los primeros de nuestra era. De Badalona procede un vaso semejante, decorado con una ranura en el tercio superior de la pared (Puerta, 1989: forma VII), que pudiera ser local y se data en época de Augusto. Los prototipos de la forma 21 (Fig. 29) se han de buscar en las formas de filiación itálica designadas por Marabini y Mayet con el mismo número. Hemos visto, además, que fue producida en Ibiza y Bram (Aude). Por nuestra parte (López Mullor, 1989: 292-295), planteamos su posible producción emporitana, haciendo referencia al conocido vaso de la necrópolis Ballesta (Almagro, 1955: 71), con el que guarda un cierto parecido. También se da dentro de la llamada cerámica emporitana tardía (Nolla *et alii*, 2003: tipo 4.3), conociéndose piezas lisas y con decoración de meandros



29. Forma 21. Empúries, foto: A. López Mullor

(21.4b). En Cataluña esta forma se ha fechado en época augustea. Dada su escasa abundancia, conviene no perder de vista que su homóloga ebusitana también ocupa el período tiberiano y quizá algo más. La forma 24.5 se ha atribuido a *Emporiae* (Nolla *et alii*, 2003: forma 5.2), sobre la base de un solo ejemplar, no fechado. Poco es, pues, lo que se puede decir de ella hasta nuevos hallazgos. Sobre las producciones de las formas 33 y 33/35 en Cabrera de Mar (Barcelona) y el Vila-sec (Alcover, Tarragona) ya nos hemos extendido al tratar más arriba del prototipo itálico y de sus imitaciones.

La forma 54 la definimos en 1986, y desde entonces su identificación se ha hecho frecuente. La variante más típica (54A) tiene el labio oblicuo o, si se quiere, en forma de “cuello de ánade”, cuerpo ovoide y pie anular. La 54B se caracteriza por el borde exvasado y la carena alta. Ambas poseen decoración de meandros en una ancha franja que ocupa toda la parte central de la pared externa. Hace años (1989: 211) propusimos su producción en *Tarraco* o sus alrededores, teniendo en cuenta sus numerosos hallazgos en todo el *ager* de la capital, además de en una franja costera, en buena parte del curso navegable del Ebro y en las Baleares, lo que coincide prácticamente con la difusión de las formas 18 y 19. Ahora sabemos con certeza que, al menos la variante 54B con decoración a ruedecilla, procede del centro del Vila-sec, donde se obró junto a los cuencos de las formas 33, 33/35, 35 y 37. Entre la llamada cerámica emporitana tardía, también aparece la variante 54B decorada a ruedecilla o con meandros, aunque en franjas más estrechas (Nolla *et alii*, 2003: forma 4.4), lo que hace pensar que también se fabricó en *Emporiae*. Puerta (1989: forma IX) propuso su origen en *Baetulo*, sin que hasta ahora hayan aparecido indicios que lo corroboren. En Nápoles se han encontrado algunos vasos con decoración de meandros y pasta bicolor, muy oscura en la superficie y clara en el núcleo que, o bien llegaron por mar desde la costa catalana, quizá desde Empúries, o bien se produjeron *in situ*. Por otra parte, J.A. Mínguez consideró esta forma originaria del valle medio del Ebro, asignándole los tipos Celsa 2 y 3. La cronología de las producciones del área catalana se extiende desde época augustea hasta más allá de mediados del siglo I. De igual modo, aparece en cantidades razonables en el noroeste peninsular, junto a tipos más tardíos y característicos de aquella zona. Es posible que también allí se fabricase, aunque quizá en un momento posterior, según parece indicar su hallazgo en el campamento de Rosinos de Vidriales (Zamora).

El tipo 55 abarca boles con decoración arenosa cuya carena es ostensible. Quizá, sus creadores pretendieron imitar al 33 o al 33/35, tan en boga entonces, pero no acabaron de conseguirlo. La variante 55A sirve para clasificar los

cuencos más esbeltos con paredes más delgadas y borde exvasado. Debe destacarse el color amarillo claro de su pasta, casi blanquecino, su engobe anaranjado de pésima calidad y los granos de arena, no demasiado numerosos, que recubren toda su superficie. Nos parece que este tipo es originario de *Tàrraco* o sus alrededores. Su datación debe iniciarse con el principado de Tiberio, llegando al inicio de la dinastía flavia. La forma 56, que definimos a partir de materiales de Tarragona y Reus, también debe proceder de esta zona. Su datación no se ha perfilado demasiado, pero debemos suponer que abarca desde los primeros decenios hasta algo más allá de mediados del siglo I. Últimamente se ha dado a conocer un paralelo muy cercano desde el punto de vista formal hallado en La Vallaeta (Sagunto) (Huguet, 2009: 78-79) aunque sin un contexto preciso. La forma 64, que propusimos en 1989, concluye el repertorio originario del nordeste de la Tarraconense. Sus exponentes se reducen a la pieza completa que nos sirve de arquetipo, encontrada en Can Modolell (Cabrera de Mar, Barcelona), y a algunos fragmentos de Mataró, Barcelona y Gebut (Soses), cerca de Lleida. Seguimos mostrando la misma prudencia que, en su día, nos llevó a definirla como producción regional, pero sin grandes seguridades, ante la parquedad de hallazgos. Su cronología parece centrarse en la primera mitad del siglo I.

No quisiéramos cerrar esta referencia a las paredes finas de Cataluña sin mencionar el taller sudgálico de Bram, situado en el departamento del Aude, no lejos de la vertiente septentrional de los Pirineos, cuyo funcionamiento y producción podrían asimilarse a lo que ocurrió al otro lado de la cordillera (Passelac, 2001). Produjo imitaciones próximas a la forma 8B. Además de la 3, muy típica y parecida a las del área emporitana, y de las omnipresentes 12 y 33, fabricadas por doquier, especialmente la segunda. Todo ello durante el momento central de la época de Augusto

1.6. Interior de la Península Ibérica (Fig. 28)

Tanto en el valle medio y alto del Ebro, como en el noroeste, Extremadura y Andalucía, lugares donde las producciones de paredes finas serán destacables a partir de época tiberiana, no se conoce su manufactura durante el período tardorrepblicano, o por lo menos no se han identificado hasta ahora de una manera sistemática. Por lo que se refiere al principado de Augusto, cabe señalar, en primer lugar, la aparición de lo que en la bibliografía se denominan “producciones militares”, es decir, aquellas destinadas al abastecimiento de las legiones romanas estacionadas en Hispania, que fueron obradas en los

propios campamentos de las unidades o sus proximidades (Morillo, 2006; Morillo y García 2001; Carretero, 2000; 2008; Pérez e Illarregui, 1995).

Ya hemos citado a este propósito los cubiletes de la forma 2 que, al parecer, proceden de *Legio VII* (Léon), que en este momento estudia Esperanza Martín, quien se ha ocupado anteriormente de sus cerámicas (2008). Pertenecen, sin duda, a una producción epigonal similar a la identificada en *Ilerda* junto a otras formas (Morán y Payà, 2007). Su aparición demuestra, una vez más, el largo período de consumo de un tipo tan funcional como el 2, cuyo origen itálico hemos mencionado al principio, así como sus numerosas imitaciones en alfares de la Citerior. También nos hemos ocupado antes de la fabricación de los cuencos de los tipos 33 y 33/35 en Herrera de Pisuergra (Palencia), relacionándolos con el abastecimiento de la *Legio III Macedonica*, en cuyo acuartelamiento habría trabajado el alfarero *Terentius*, que también produjo *terra sigillata* y lucernas entre el 20/15 a.C. y el 39/40 d.C. (Carretero, 2008: 255-256; Morillo, 2006). Por otra parte, el centro de Melgar de Tera (Zamora) (Gimeno, 1990), muy cerca del campamento ocupado primero por la *Legio X Gemina* y después por el *Ala II Flavia*, produjo sobre todo para estas unidades y también para el consumo regional, con una notable expansión de su cerámica por todo el noroeste (Martín y Rodríguez, 2008: 396; Martín, 2008b). Su fecha, no obstante, también va más allá de los límites de este artículo pues parece que no inició su actividad antes de la época neroniana, prologándola hasta finales del siglo II (Carretero, 2008: 260, 262). En este centro, además de algunos cuencos inspirados en productos meridionales y unos característicos cubiletes profusamente decorados, se produjo cerámica elaborada con la técnica de la cáscara de huevo, popularizada desde Tiberio por un alfar bético situado, quizá, en el área gaditana. También se sabe que existieron producciones locales en Astorga, hasta ahora escasamente caracterizadas.

Rodríguez Martín (1996: 155, 165) sitúa el inicio de la cerámica de paredes finas de Mérida en época tiberiana. Más tarde en un trabajo en colaboración con E. Martín, la fecha se rebaja algo, hasta el reinado de Claudio, aunque en un cuadro sinóptico se mencionan dataciones algo anteriores acuñadas por diversos autores (2008: 386). Sin embargo, según M. Bustamante (2011), quien aporta datos de excavaciones recientes, esta producción no es anterior al decenio 50/60 de nuestra era. En cualquier caso, el amplio repertorio de formas que se produjo en la capital de la Lusitania y en otros lugares de la actual Extremadura sobrepasa los límites cronológicos de este trabajo y no lo expondremos.

Lo mismo puede decirse del centro y norte de la Península Ibérica, donde en general, las diversas producciones constatadas se inician, en su mayor parte, en el período tiberiano, perdurando algunas de ellas hasta bien entrado el siglo II. Sobre sus principales centros, que son Quilinta (Viana) y El Coscojal (Traibuenas), en Navarra, La Maja (Pradejón - Calahorra), en la Rioja, y *Caesaraugusta* (Zaragoza), *Turiaso* (Tarazona, Zaragoza), *Oscá* (Huesca) y Rubielos de Mora (Teruel), en Aragón, algunos conocidos de antiguo y otros descubiertos recientemente, como el de *Oscá*, pueden verse sendas síntesis en Mínguez 2010 y 2012. Sin embargo, este mismo autor se ocupó hace algún tiempo (1991-1992, 1998: 349-350) de las paredes finas halladas en el yacimiento de Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza), correspondientes a producciones regionales procedentes de centros no localizados hasta hoy. Se clasifican dentro de las formas 18, 19, 21, 35, 36, 37, 38B, 40, 45 y Celsa 1 a 5, así como en la 34, elaborada con la técnica de la cáscara de huevo, como ciertas cerámicas béticas y nordoccidentales ya citadas.

De entre todas estas formas, cuyo recorrido cronológico es largo en la mayor parte de los casos, nos interesa destacar las 18, 19 y 21, vistas más arriba al hablar de las producciones costeras de la Citerior y de las ebusitanas, el inicio de cuya producción puede situarse en los últimos decenios del siglo I a.C. Ocurre lo mismo con las formas Celsa 2 y 3, cuya decoración de líneas onduladas y paralelas formando friso, así como su perfil, recuerdan muy de cerca a los de nuestro tipo 54, definido en 1986, que, como hemos explicado antes, tuvo en Cataluña dos centros de producción. Uno seguro en El Vila-sec (Alcover, Tarragona) y otro probable septentrional, quizá en *Emporiae*, vistos sus hallazgos. Los vasos procedentes de ambos lugares, especialmente los más meridionales, permanecieron en el mercado, al menos, hasta los años 60-70 de nuestra era.

Las cerámicas de paredes finas producidas en la actual Andalucía, a partir de la época de Tiberio y especialmente durante la de Claudio, gozaron de gran predicamento y notable difusión. Su origen fue señalado por Bonsor (1931a, b) y Comfort (1939), recogida por Vegas (1973: 80) y desarrollada por Mayet (1975: 147-160). Desde entonces, se han publicado notables series de esta clase de material, sin que, hasta la fecha, hayan aparecido los talleres que lo produjeron, salvo los correspondientes a los vasos menos vistosos, como los de Andújar (Jaén), estudiados hace tiempo (Sotomayor *et alii*, 1976; 1979). Por otra parte, no hace demasiado, se ha desvelado la producción en Fos-sur-Mer, Bouches-du-Rhône (Rivet, 2004) de vasos decorados a la manera bética, sobre formas prácticamente idénticas a las de aquellos, lo que

ayuda a ir desterrando la idea de la sobresaturación de una parte de los supuestos mercados de productos meridionales, como el del área de la desembocadura del Ródano.

Por tanto, parece que el repertorio de las paredes finas en Hispania Ulterior corresponde a los últimos tiempos en que aquel territorio recibió tal denominación. Se trata de formas augusteas o algo anteriores. Las más difundidas son la 8B y 8Ca. Poseen una pasta de mediana calidad, generalmente oxidada aunque existen algunos ejemplares grises. Su difusión alcanza Andalucía y algunas zonas de Portugal y hace evidente su origen, sin que por el momento se conozca el taller que las produjo. No obstante, su abundancia en el curso medio del Guadalquivir, con hallazgos en Osuna, Estepa y Córdoba, podría hacer pensar que son originales de este área. No debe perderse de vista, con todo, su presencia en Cástulo. Estos vasos, especialmente el primero, derivarían directamente de los caliciformes ibéricos, estudiados, por ejemplo, por Vaquerizo (1988-1989) en el área cordobesa, asignándoles una cronología entre finales del siglo IV y el I a.C. A las formas de paredes finas propiamente dichas Mayet (1975: 39) les supuso una datación preaugustea. Hallazgos más recientes (Vargas y Moreno, 2002-2003; García, 2002-2003) la han perfilado y la forma 8B debe situarse desde finales del siglo I a.C. hasta el período Tiberio-Claudio. La 8Ca parece más bien propia de la época de estos dos últimos emperadores. Además, debe tenerse en cuenta la presencia de una variante esbelta de la forma 8B, a veces provista de dos asas, aparecida en el área de Huelva, que en la necrópolis de la Dehesa (Riotinto) constituye el único ajuar de sus tumbas. Según su excavador (Martínez, 1989), se trata de una producción local, fechable entre los flavios y la primera mitad del siglo II.

Por otra parte, según Vargas y Moreno (2002-2003), en Córdoba o sus alrededores pudo haberse fabricado imitaciones del tipo 33, como hemos visto uno de los más populares en la Península Ibérica. Esta forma se fecha, por el momento, dentro de un contexto del inicio de la época de Tiberio. También parece que existieron imitaciones andaluzas del tipo 12, de momento escasamente conocidas.

2. Los ungüentarios

Esperança Huguet Enguita y Albert Ribera i Lacomba

Son pequeños vasos de cuerpo globular, piriforme u ovoide con cuello estrecho que se destinaban a contener perfumes y ungüentos y a verterlos lentamente. Sus frecuentes hallazgos entre los ajuares de las tumbas del período helenístico del mundo Mediterráneo, los situaría aparentemente más como vasos estrechamente ligados al ritual funerario y no necesariamente vinculados al comercio de los óleos perfumados que envasaban (Camilli, 1999). Sin embargo, bastantes ejemplares se han encontrado en áreas públicas utilizados como vajilla de ofrenda en los santuarios, especialmente en la Grecia continental (Ágora de Atenas, Casa de los Idolos de Micenas) y en Delos.

La forma original derivaría de una símil tipología del antiguo Egipto. Probablemente, su amplia presencia en todo el Mediterráneo significaría la existencia de muchos centros productivos, que coincidirían, *grosso modo*, con las áreas de producción de los perfumes y de los ungüentos que contenían los vasos, como se ha constatado en la época helenística en *Pella*, la capital de Macedonia (Siganidou, 1993) y muy recientemente en la *Vía degli Augustali* de Pompeya desde fines del siglo II a.C. (Fig. 30).

En el Mediterráneo oriental los ungüentarios aparecen a mediados del siglo VI a.C. mientras los más antiguos ejemplares del occidental, de Ampurias, se datan en el siglo V a.C. (Forti, 1962: 146; Frere, 2009). No hubo una variación tipológica elevada entre los siglos IV y III a.C., con el gran aumento de la demanda y la consiguiente nueva organización de las oficinas y de la producción, que llevaron a una fuerte estandarización de estas cerámicas (Pianu, 1990: 19).



30. Ungüentarios de la Casa de Ariadna de Pompeya. En el barrio de los perfumeros. SIAM

2.1 Tipología y problemas cronológicos de los unguentarios helenísticos

Durante el período helenístico se distinguirían al menos cuatro grandes áreas productivas (Lippolis, 1994): el área macedonia, la egea (Atenas y Rodas), la italiota y la siciliota.

En Italia meridional habría diversos centros de fabricación, aunque no se excluye una parcial importación de Grecia (Ática y Macedonia) (Lippolis, 1990). Sin embargo, no parecería verosímil el uso de los unguentarios como contenedores de transporte de los perfumes. Estudios de los contenidos de unguentarios de la necrópolis de *Stobi* (Macedonia) y en una tumba de Atenas han concluido que, ante la ausencia de estandarización, de unidad de medida de la capacidad y la falta de un revestimiento interno no poroso, los unguentarios no se destinaban al transporte pero eran muy funcionales en las practicas rituales del ceremonial fúnebre (Anderson-Stojanovic, 1987). Sus características intrínsecas no permitían al vaso contener el líquido por mucho tiempo. La natural porosidad de la arcilla, aunque fuera compacta y bien cocida, supondría la absorción y la evaporación del líquido envasado.

En época helenística, los ungüentarios son los ajuares de las tumbas predominantes. En un primer momento, aparecen asociados con los *lekythos*, a los que gradualmente van sustituyendo.

A partir del último cuarto del siglo IV a.C. se fue modificando su forma, habiéndose establecido una tipología bastante esquemática y genérica (Forti, 1962) de los ungüentarios del Mediterráneo en el primer período helenístico en siete tipos, que, en síntesis, se basa en la evolución morfológica que, de formas bajas y globulares, se pasa a formas de cuerpo más alargado, hasta llegar a los ungüentarios fusiformes de los siglos III-II a.C. En *Heraclea* los ungüentarios fusiformes aparecen en el último cuarto del siglo III a.C. (Giardino, 1990: 78).

Estas variaciones morfológicas determinaron la modificación de la capacidad del vaso, ya que el cuerpo globular o piriforme de los ungüentarios más antiguos contenía una mayor cantidad de líquido, cuyo volumen se redujo notablemente en los ungüentarios fusiformes de largo pie macizo.

Al exterior presentan barniz negro o trazas de un engobe marrón, rosáceo o blanco, pintadas en la zona de mayor anchura, en el cuello y el borde directamente sobre la arcilla o sobre un engobe claro. En la mayor parte de los casos no hay barniz negro en la parte inferior del vaso ni en el pie. A partir del segundo cuarto del siglo III a.C. gran parte de los ungüentarios ya no presentan barnizado ni ninguna decoración.

La altura varía entre 10 y 15 cm, pero también hay vasos de menor talla (5-7 cm) o más grandes (hasta 20 cm).

La calidad es muy variable: desde ejemplares con arcilla bien depurada y cocida con barniz brillante bien adherido al vaso, frecuentes en los contextos culturales no funerarios, a formas de perfil asimétrico, superficie no alisada, barniz desprendido o con chorretones e improntas digitales, propios de los ajuares de las tumbas. Sin embargo, no faltan excepciones que impiden afirmar si un ejemplar fue destinado a un uso funerario o cultural (Anderson-Stojanovic, 1987: 106).

La clasificación de Forti representó solo un estudio preliminar, posteriormente revisado (Camilli, 1999). La mayor parte de otras clasificaciones se refieren a los ajuares de necrópolis concretas, como las del territorio de Metaponto (Carter *et alii*, 1998), *Heraclea* (Pianu, 1990) o Tarento (Lippolis, 1990), entre las que también se incluiría las de la griega Emporion (Almagro, 1953: 396-397) y la ibérica del Cigarralejo en Murcia (Cuadrado, 1977-78), y no serían universalmente válidas.

El estudio de la composición y de las características físicas de la pasta y del aspecto del barniz, podría ayudar a la determinación de los centros productivos. Sin embargo, en el sur de Italia, la uniformidad de los depósitos arcillosos, debida a un común origen geológico, no facilita diferenciar las arcillas de un yacimiento a otro.

Entre las cercanas *Heraclea*, Metaponto y Tarento se ha manifestado una relación muy estrecha en la producción y la difusión de las cerámicas de barniz negro que se encuentran en sus cementerios, aunque, a pesar de la semejanza de sus producciones, parece que cada uno de estos centros produjo autónomamente sus manufacturas. Esto sería confirmado por el diverso aspecto que muestran los ungüentarios de cada uno de estos lugares, siempre dentro de una tipología similar pero de una cronología no del todo coincidente. Es por esto, que las clasificaciones que se han elaborado para Tarento, *Heraclea* y Metaponto sólo serían válidas para ejemplares aparecidos en sus cercanías.

2.2 Los ungüentarios romanos

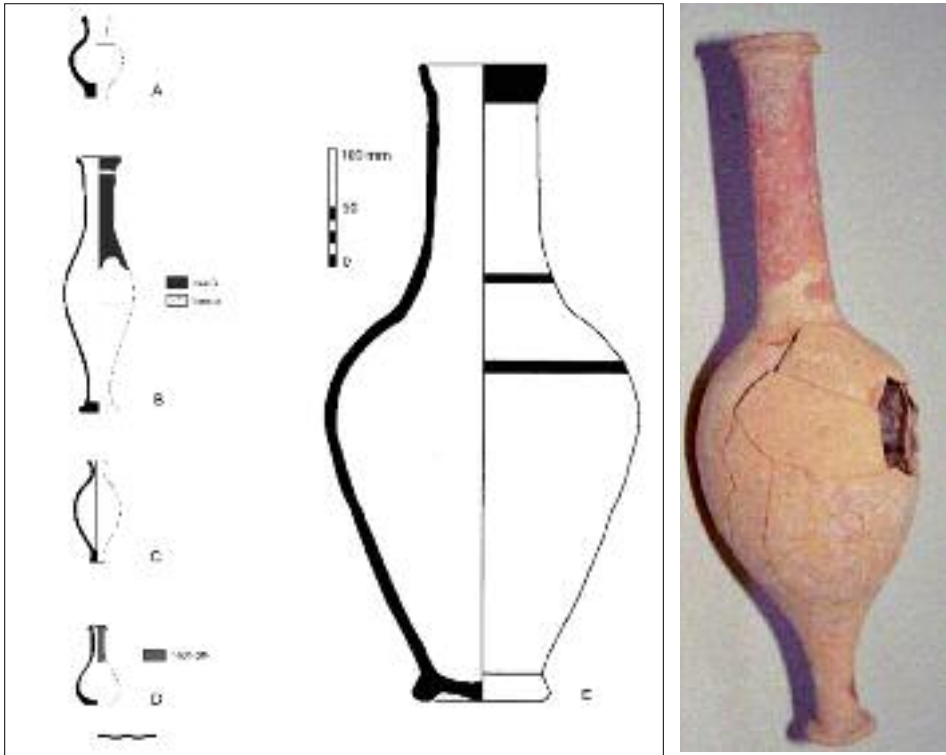
En el occidente Mediterráneo prácticamente no aparecen fuera de contextos culturales griegos, como serían *Massalia* o *Emporion* (Almagro, 1953) y sólo más tarde, a partir del siglo II a.C., empiezan a ser más frecuentes en las ciudades pobladas por romanos e itálicos, donde no faltan entre los ajuares de sus necrópolis y son mucho menos frecuentes en contextos urbanos.

Durante los siglos II y I a.C. la forma más habitual fue la fusiforme, con el pie alargado y muy estrecho, que a duras penas se sostiene por sí sola. A partir del reinado de Augusto pasó a tener un perfil bajo globular y una base más plana.

La tipología más usada es la de Cuadrado (1977-78), con tres grandes grupos, A, B y C, basada en la necrópolis ibérica del Cigarralejo, y que fue adoptada para la clasificación de Lattara con el añadido de otro grupo, el D (Fig. 31), más moderno, del siglo I d.C. (Py, 1993c).

El grupo A corresponde a *unguentaria* globulares con pie corto. Son piezas plenamente griegas y helenísticas de mediados del siglo V a los inicios del III a.C. Presenta algunas variantes, al menos cinco, según sus aspectos formales.

El B se corresponde con los típicos y abundantes ungüentarios fusiformes (Fig. 32) de pie largo y cuello alto que surgieron y triunfaron desde finales del siglo IV (Hübner, 2006) hasta mediados del I a.C. Se conocen múltiples variantes, por lo menos 10.



31. Tipología de ungüentarios helenísticos y romanos. A: Lattara. B: Pompeya. C: Lattara. D: Pompeya. E: Arles

32. Ungüentario fusiforme de una tumba de *Valentia*. SIAM

El C también serían de perfil fusiforme pero con el pie corto y el cuello bajo. Son propios de los siglos II y I a.C.

Por último, estaría el añadido grupo D, más tardío, que incluye los de fondo plano y cuello alto (Fig. 33), que se usaron entre finales del siglo I a.C. y la primera mitad del I d.C., especialmente durante la etapa augustea. Corresponde a la forma Oberaden 29. También comprende numerosas variantes (Camilli, 1997). Los envases de vidrio acabaron sustituyendo a esta forma de cerámica.

Se ha comprobado, además, la existencia de una serie de ungüentarios de gran tamaño, hacia unos 60 cm de alto, que, de momento, se han atestigüado en 3 lugares algo alejados entre sí: la necrópolis prerromana de Arles (Roche-Tramier, 2011), la necrópolis republicana de *Valentia* y en Pompeya, donde se han encontrado varios mezclados con los más normales ungüentarios fusiformes, que aparecen en grandes cantidades (Fig. 34) en torno a la *Via degli Augustali*, junto al *macellum*, en el mismo barrio que en el siglo I d.C.



33. Ungüentarios de la forma D de Pompeya y *Valentia*. SIAM



34. Ungüentarios fusiformes del barrio de los perfumeros de Pompeya. SIAM/CJB

albergó a los perfumeros de la ciudad (Brun y Monteix, 2009), lo que indicaría que esta actividad, tan prolífica en la Campania, ya se desarrollaba en ese período. Estos grandes ungüentarios, pues, además de su acreditada función funeraria, que podría ser secundaria, no hay que descartar que transportaran en origen alguna clase de producto perfumado.

El algunos pecios aparecen, siempre en pequeñas cantidades, como en el del *Grand Congloué 1*, ya a inicios del siglo II a.C. (Sanmartí y Principal, 1998), que sería el más antiguo en transportar estas vasijas. También se han encontrado en la *Chretienne C*, un poco más tardío, 175-150 a.C. (Joncheray, 1975), en el casi coetáneo de Escombreras 1 (Fig. 35) (Pinedo y Alonso, 2004) y el algo más moderno, 150-140 a.C., de la isla de Gianutri (Firmati, 1992). En otros posteriores, ya del siglo I a.C., también aparecen, caso del *Sant Jordi A* (Colls, 1987), del controvertido de *Spargi* (Ribera, 2001), la *Madrague de Giens* (Tchernia *et alii*, 1978) y el de Son Ferreol (Mas, 1985), que serían los últimos testimonios del comercio de estos envases de perfumes, que serían sustituidos por los ungüentarios de vidrio a partir del siglo I d.C. Normalmente se piensa que eran de producción y consumo local de cada sitio, pero esta presencia en bastantes pecios y el normal hallazgo en los contextos de la Hispania republicana, especialmente entre los ajuarres funerarios, indicaría la normal importación desde Italia de estos frascos de perfumes. Otra cuestión a plantear sería si se transportaban vacíos, para rellenar con los perfumes de cada sitio, o si ya venían con su contenido primario.



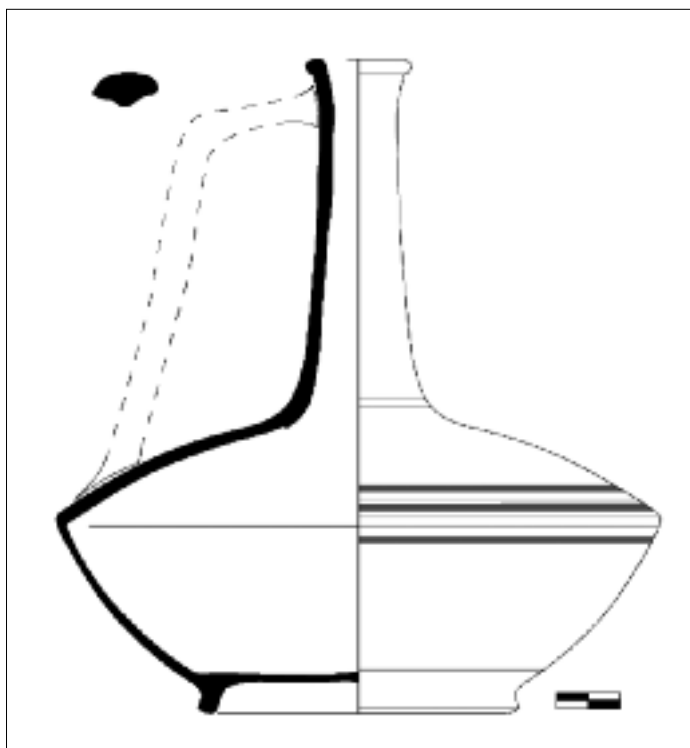
35. Ungüentario fusiforme del Pecio Escombreras 1. ARQVA

3. Los *lagynoi* de engobe blanco

En origen, y como el término *amphora*, *lagynos* (*lagoena* en latín) era una medida de capacidad (3,270 litros), al igual que otros términos que se conocen más porque se refieren a nombres de vasos, caso de *kotylai*. Un *lagynos* equivaldría a doce *kotylai* áticos. También había múltiplos, como el *trilagynos*.

Los *lagynoi* serían botellas con un asa y un amplio cuerpo horizontal, alto y estrecho cuello y una boca que se podía sellar (Fig. 36). Se usaban como vasos para el vino en los banquetes. Desde el reinado de Ptolomeo IV, en la segunda mitad del siglo III a.C., había un festival dionisiaco en las calles de Alejandria, *lagynophória* (λαγυνοφορία), en el que todos los participantes portaban un *lagynos* para compartir el vino (Pierobon, 1974).

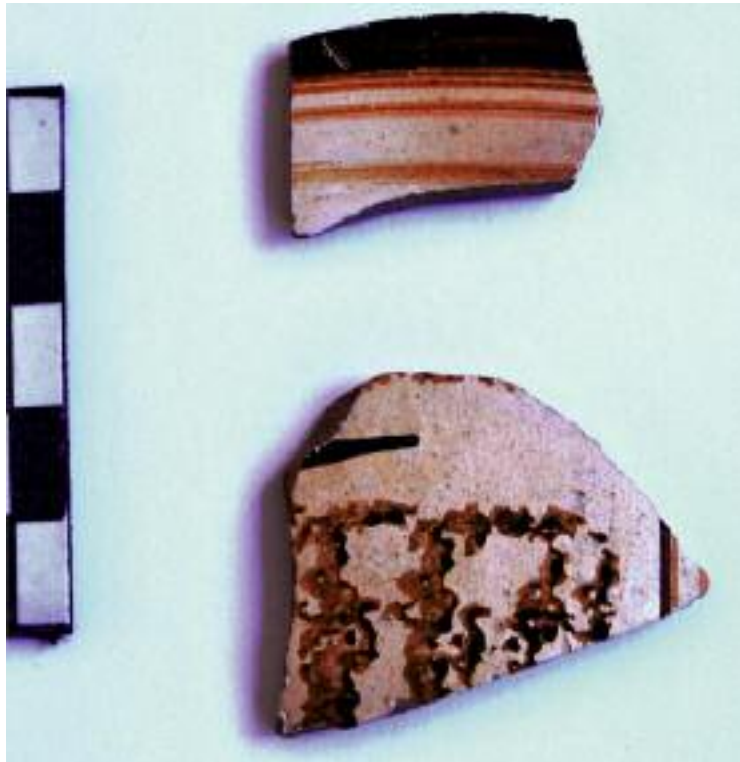
La producción más significativa del período helenístico de esta forma es la que presenta un engobe blanco, vientre bajo y carena pronunciada. Se fabricaría entre los inicios del siglo II a.C. y mediados del siglo I a.C. Pérgamo debió ser su principal centro productor. Sería una cerámica de lujo multifun-



36. *Lagynos* de engobe blanco. Barrio de los perfumeros de Pompeya. SIAM/CJB

cional, ya que tanto se encuentra entre ajuares funerarios como en contextos urbanos. En el Mediterráneo oriental estos *lagynoi* de engobe blanco son casi el fósil-guía de los contextos de materiales de época helenística. Están ampliamente representados en yacimientos como Pérgamo, Atenas, Alejandría y Delos. En occidente son bastante más escasos y suelen aparecer muy fragmentados (Fig. 37), lo que dificulta su identificación. En Italia se ha encontrado alguno entero en la necrópolis de Ancona (Collivicchi, 2008) y en el relleno de una balsa de fines del siglo II a.C. en la *Via degli Augustali* de Pompeya (Fig.38).

En la Península Ibérica se han reconocido sus fragmentos en *Emporion*, *Valentia*, *Ilici* y, especialmente, en Cartagena (Cabrera, 2004; Pérez Ballester, 1994; 1998). Mención especial merecería la extraordinaria pieza decorada con relieves aplicados (Fig. 39) encontrada en las excavaciones de *Libisosa* (Lezuza) (Hernández, 2008; Uroz, 2012), bien al interior de la provincia de Albacete, que pone de manifiesto que estas cerámicas de lujo alcanzaron el interior de Hispania.



37. Fragmentos de *lagynoi* de engobe blanco de *Valentia*. SIAM



38. *Lagynos* de engobe blanco. Barrio de los perfumeros de Pompeya. SIAM/CJB



39. *Lagynos* con decoración en relieve. Libisosa (Albacete). Museo de Lezuza

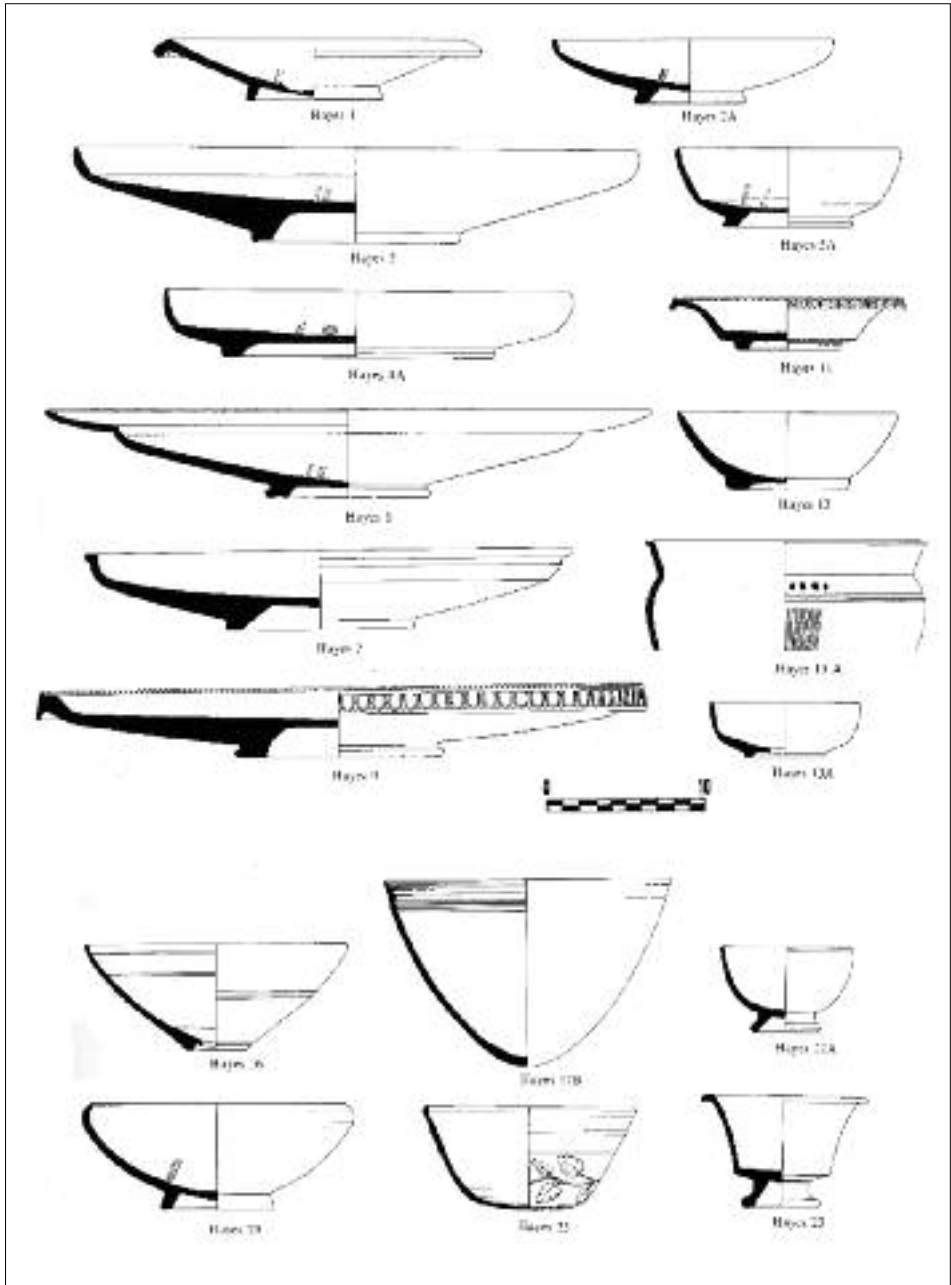
4. La *Sigillata* Oriental A

Es bien sabido que la arqueología del período de la República romana se identifica automáticamente con la cerámica de barniz negro, mientras que la de la siguiente fase Alto Imperial se asocia aún más con la vajilla de barniz rojo, la *terra sigillata*. Esta gran verdad, sin embargo, no se escapa a alguna matización, rara y escasa en el occidente mediterráneo, pero presente. Normalmente, cuando en un contexto de materiales supuestamente anterior al 50 a.C., tanto por las piezas como por su ubicación estratigráfica, aparece algún fragmento de *sigillata* se suele pensar en alguna intrusión de los niveles superiores. Esto puede ser así, pero también podría suceder que esa *sigillata* esté correctamente situada en su época, ya que hay una producción de barniz rojo anterior a la *sigillata* aretina, la llamada *sigillata* oriental A o *Eastern sigillata A*, que Waage llamó *Late Hellenistic Red*, *Hellenistic Pergamene ware* y *Early Roman Pergamene Pottery*. También fue conocida por algunos investigadores americanos y alemanes como *pergamena*, ya sea *Hellenistic Pergamena* o *Roman Pergamena*. Esta denominación se sustentaba en la suposición que fuera la famosa cerámica de Pérgamo descrita por Plinio, lo mismo que los arqueólogos anglosajones aún denominan a la *sigillata* como *Samian ware*. La vajilla de Pérgamo pliniana habría que relacionarla con la anteriormente conocida como *Sigillata* Oriental C (término considerado superfluo), llamada también *Çandarli ware*, del puerto cercano a Pérgamo donde se ha encontrado en bastante cantidad (Hayes, 1985).

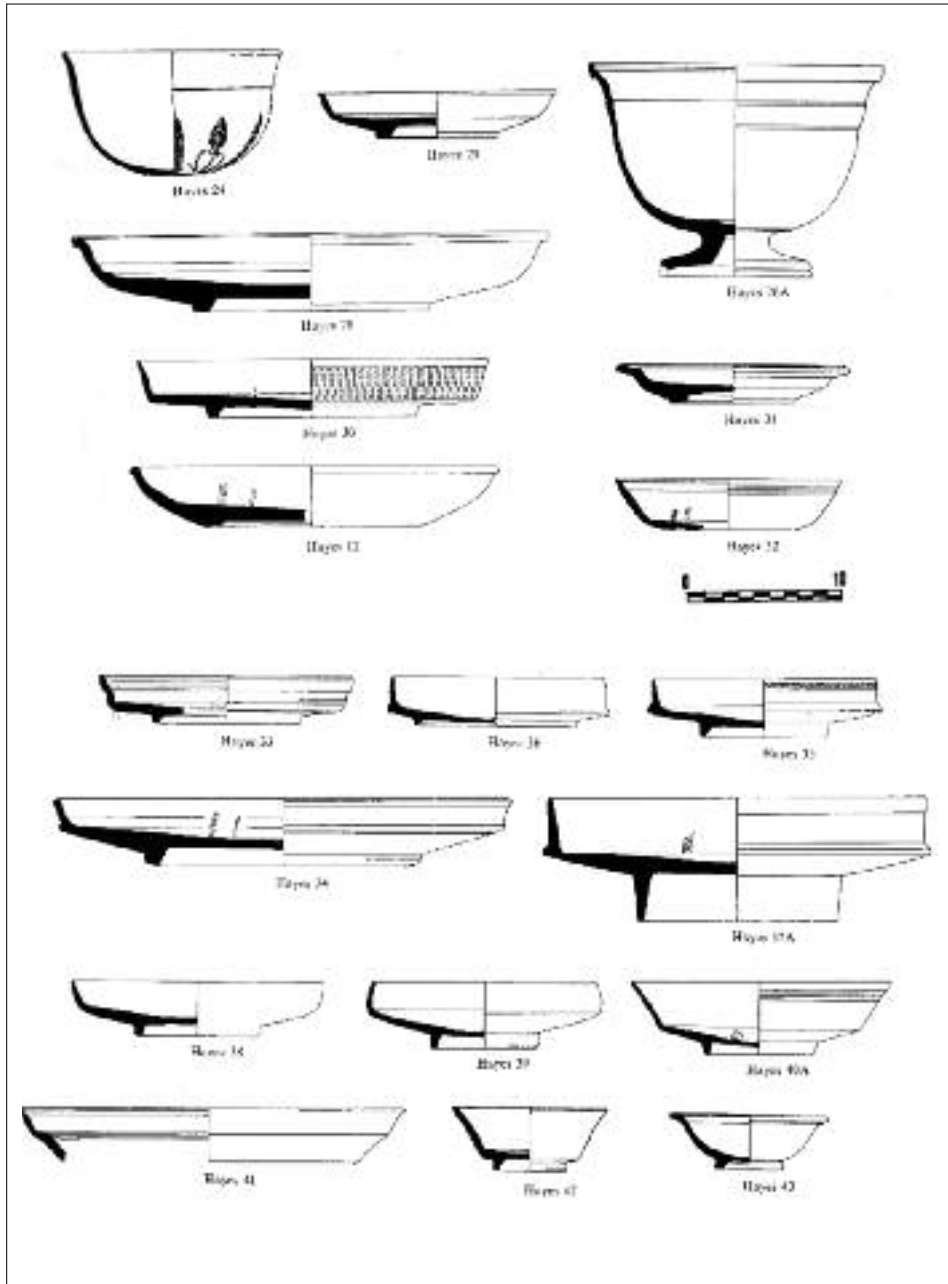
Esta confusión en el Mediterráneo occidental se sustentaría tanto en la escasez de esta variedad como en que aparecen sólo pequeños fragmentos, unido a su desconocimiento general. Es muy difícil identificar un material que es escaso, aparece en estado muy fragmentario y que, además, prácticamente no se conoce al no disponerse de referentes que permitan su fácil catalogación. Pero este material existe y, tal vez, en mayor volumen del que se supone, siempre dentro de unos parámetros muy minoritarios.

La *sigillata* Oriental A es una cerámica de buena calidad con una pasta fina, depurada, sin inclusiones visibles y de color beige claro, amarillento o rosado. Su barniz rojo oscuro, entre rojo-naranja y rojo-marrón, cubre desigualmente la superficie. Destaca la decoración en ovas impresas sobre los labios de algunas fuentes y platos, además de los círculos concéntricos.

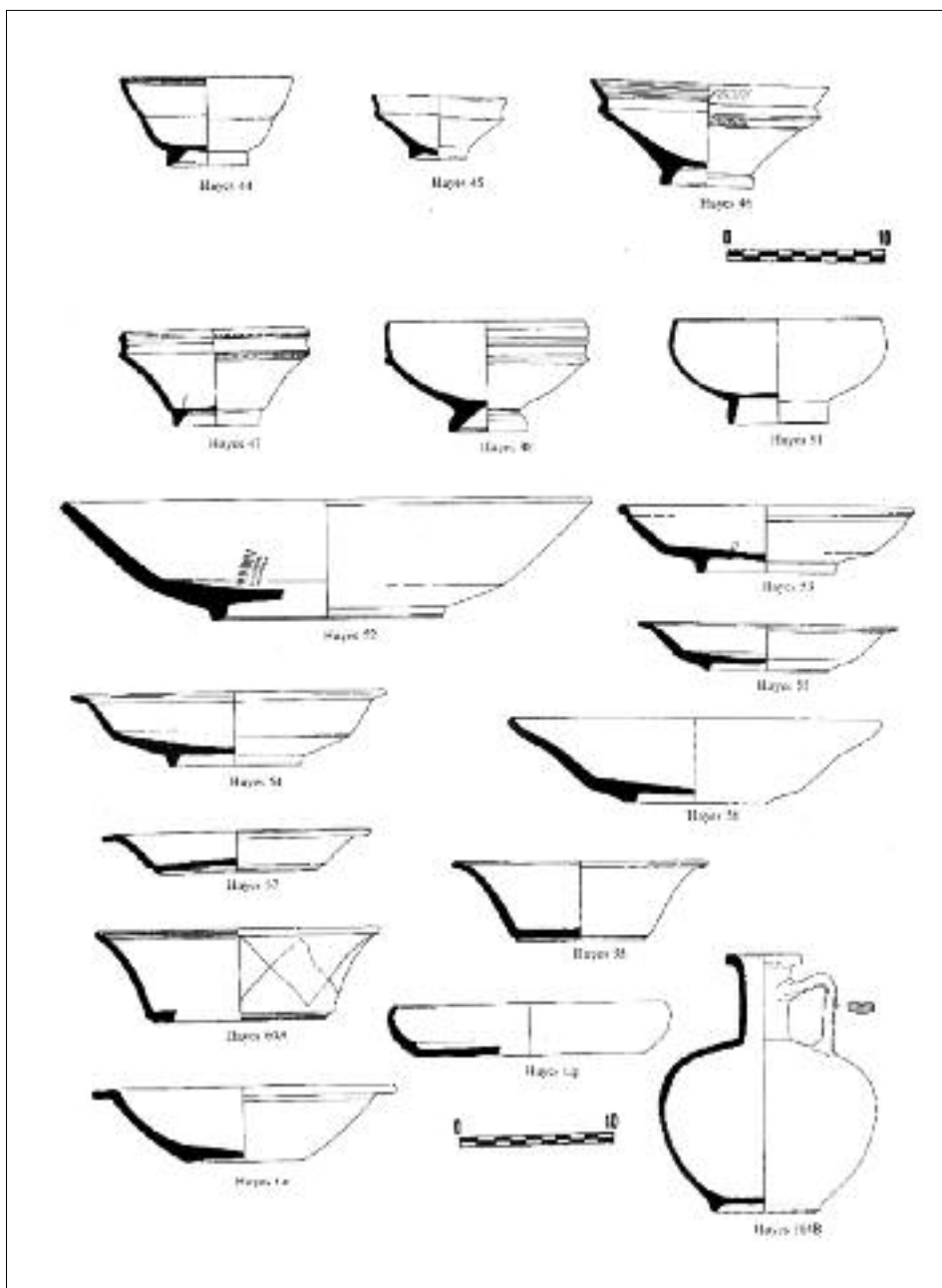
Su tipología es muy amplia (Fig. 40-42), con más de 100 formas (Hayes, 1985). Una de sus características formales son sus pies bajos y anchos. De este amplio repertorio corresponderían a la fase helenística las siguientes:



40. Tipología de la *Sigillata* Oriental A. Hayes, 1985



41. Tipología de la *Sigillata* Oriental A. Hayes, 1985



42. Tipología de la *Sigillata* Oriental A. Hayes, 1985

- Platos y escudillas: Hayes 1 a 14.
- Copas y tazas: 16 a 25.
- Cráteras: 15, 26 y 27.
- Formas cerradas: 101 a 195.

Sería originaria de Cilicia y Siria del norte, entre Tarso y Antioquía, tal como parecen indicar los análisis fisico-químicos realizados (Hayes, 2001). Principalmente se difundió por el Mediterráneo oriental entre fines del siglo II a.C. y el II d.C. Algunos fragmentos se han identificado en Italia (Malfitana *et alii*, 2005; Pucci, 1977) y Sicilia (Malfitana, 2011), el sur de Francia, de Lyon a Marsella y Narbona (Marty, 2006) y el litoral hispánico, especialmente en el entorno de Cartagena (Pérez Ballester, 1985; 1998).

5. Los boles megáricos

Son boles hemiesféricos fabricados a molde y decorados en relieve (Malfitana, 2006b), imitando prototipos metálicos. Los motivos son variados, desde cabezas de bóvidos a guirnaldas, con frisos de rosetas, meandros, festones, ondas marinas, animales, hojas de acanto, formas geométricas repetidas y marcas y letras de los fabricantes. La superficie exterior esta engobada de color anaranjado a marrón, tanto en tono mate como en brillo metálico, que puede variar dentro de la misma pieza.

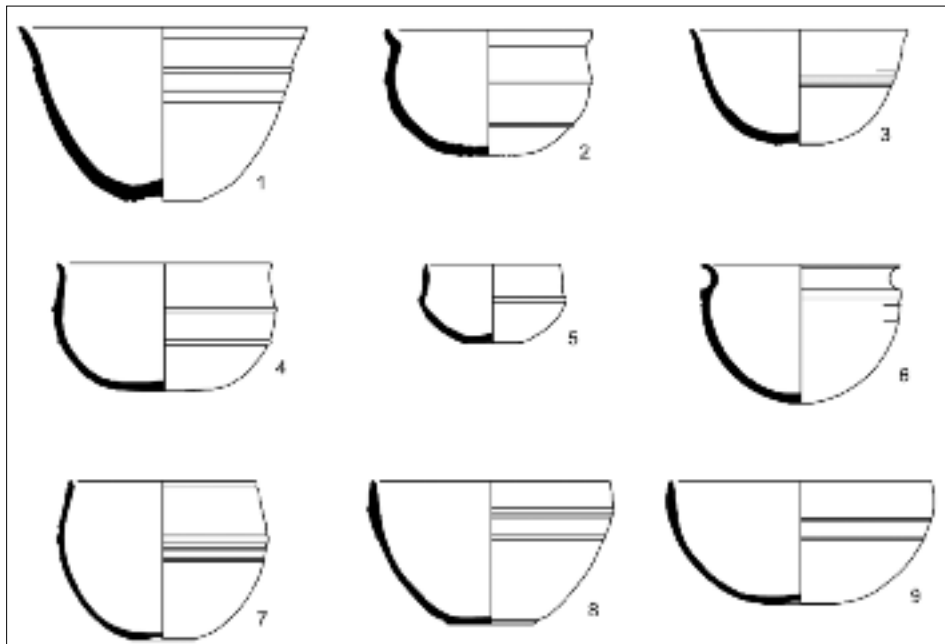
Fueron creados por primera vez en Atenas a mediados del siglo III a.C., proveniente su nombre de la ciudad de Megara, muy cercana a la capital del Ática, donde se pensaba, erróneamente, que habrían sido fabricados (Rotroff, 1982). Esta primera producción originaria ateniense (Blondé, 2001) apenas se difundió y fue ampliamente superada por las numerosas imitaciones que fueron surgiendo. Durante los siglos II y I a.C. este tipo de fabricación se extendió por casi todo el oriente griego, hasta Chipre (Massa, 1992; Pierobon, 1986).

También se hicieron en Italia, dando lugar a la llamada cerámica italomegárica (Fig. 43), de las que hubieron varios centros de producción en Etruria, el Lazio (Tívoli) y Apulia (Tarento) (Leotta, 1998; Marabini, 1980; Morrel, 1976). En Sicilia, en *Tindaris* y *Morgantina*, se han encontrado dos moldes (Malfitana, 2011). De ella se conocen varios talleres: *Lapius*, *Popilius*, *Quintius*, *Herakleides* y *Atinius*, además de los de Tívoli y Tarento, que trabajarían entre el 180 y el 50/30 a.C. (Puppo, 1995).

Sería un tipo cerámico de procedencia diversa y con varios estilos de decoración. Cada área de producción se caracterizaría por su estilo decorativo, sus marcas de alfarero y sus formas, de las que se han delimitado hasta nuevos tipos (Fig. 44), que corresponderían a otras tantas zonas de origen, aun-



43. Bol italo-megárico. Puppo, 1995



44. Tipología de boles megáricos en relieve. Siebert, 1980

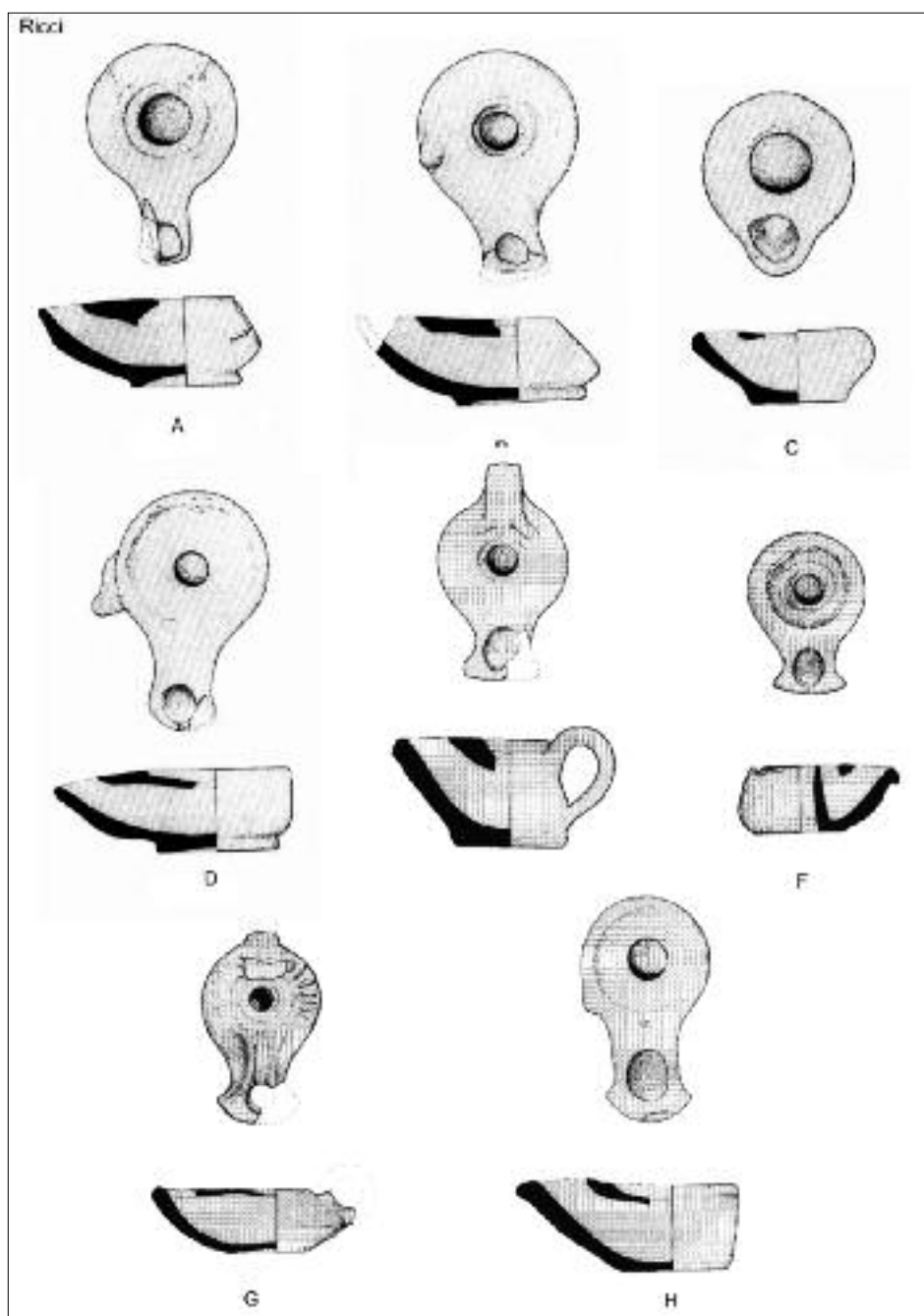
que dada la gran variedad de detalles formales dentro de cada fabricante, es difícil establecer una precisión cronológica (Siebert, 1980).

Su difusión en Oriente fue considerable, llegando a Afganistán, pero al occidente mediterráneo arribaron en mucha menos cantidad y normalmente con ejemplares de la forma B-H-R 8 de procedencia jonia. También se han detectado algunas piezas de origen italomegárico. Se han encontrado entre la carga de algunos pecios asociados a ánforas itálicas, como el del *Grand Congloué* o el de *Spargi*.

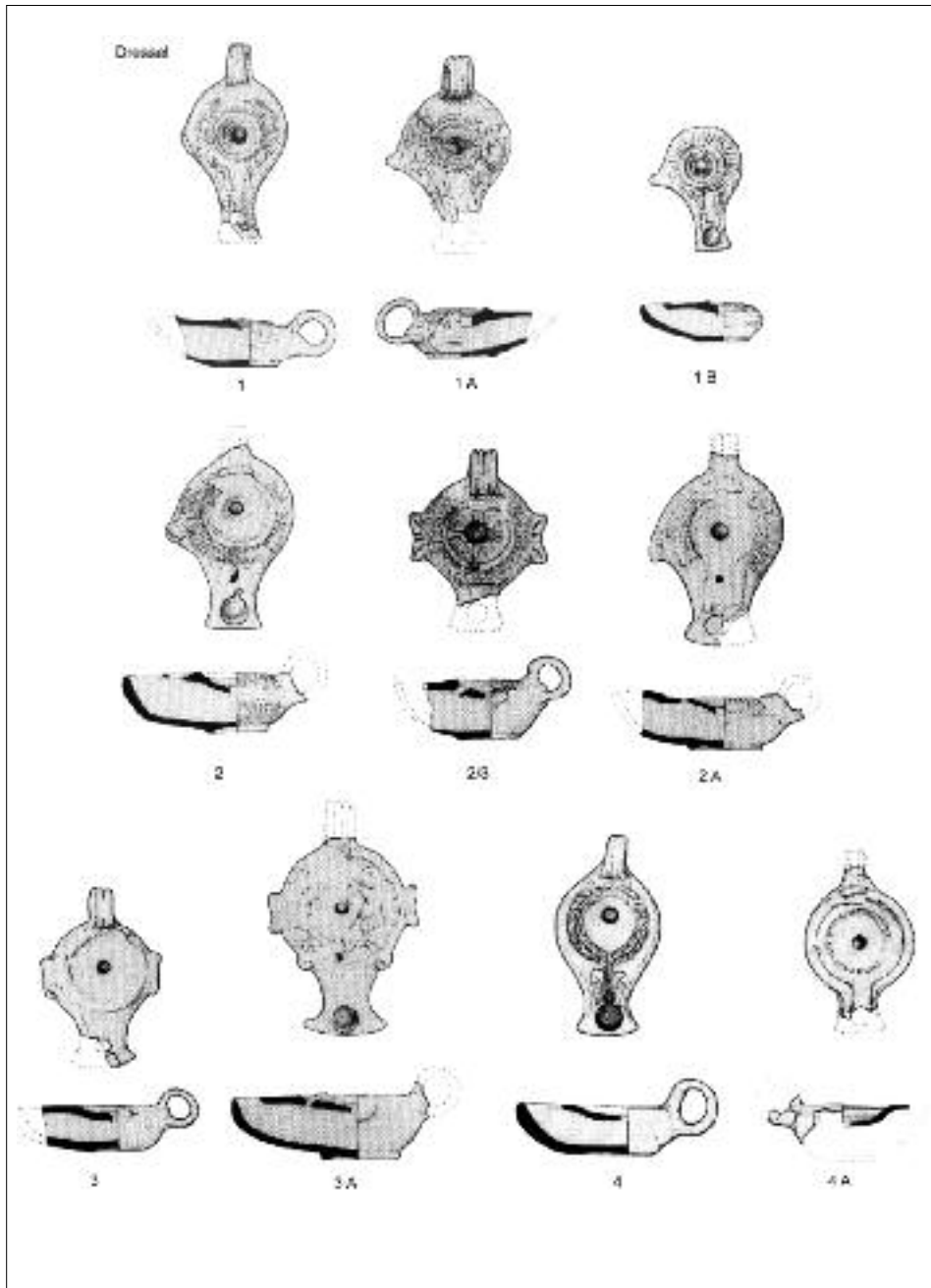
En Hispania se han identificado en *Emporion* (Vegas, 1953-54), *Valentia*, el Monastil (Elda) (Tordera, 1991), *Ilici* (Lara, 2004-2005) o Cartagena, entre otros lugares, pero siempre en pequeñas proporciones. En Cartagena es donde más han aparecido éstas y otras piezas de vajilla helenística, como los *lagynoi* o la *sigillata* oriental A, y sería el principal centro de su distribución (Cabrera, 2004; Pérez Ballester, 1994; 1998). También han aparecido algunos en zonas del interior, como en Teruel y la Andalucía interna (Beltrán Lloris, 1990).

6. Las lucernas

Las lámparas del período republicano no cuentan con la amplia historiografía de las de la época imperial, lo que, paradójicamente, facilita en gran medida su estudio, ya que su terminología tipológica es muy reducida, al centrarse en la clasificación de Ricci (1974) (Fig. 45) con el complemento de las primeras formas de la tabla de Dressel, de la 2 a la 4 (Fig. 46), para las últimas de este período, anteriores a las lucernas de volutas. Para este momento, pues, no existen las numerosas, francamente excesivas, clasificaciones de los candiles romanos de la fase imperial, conocidas por el nombre de sus autores, que desde los inicios del siglo XX y desde varias provincias y ciudades del Imperio han ido creando un sinfín de clasificaciones a las que aleatoriamente hay que recurrir para catalogar estas abundantes piezas: Bailey (British Museum), Bemont (Glanum), Berger (Montans), Bisi (Herculano), Brooner (Corinto), Deneauve (Cartago), *Ivanyi* (Panonia), Leibungut (Suiza), Loeschke (Vindonissa), Ponsich (Mauritania Tingitana), entre muchos más. Los arqueólogos hispanos también han contribuido a esta proliferación, caso de Amaré (1988) en Aragón, Morillo (1999) en el norte de la península, Olcina (1990) en *Lucentum*, Pallanques (1992) en *Pollentia*, Palol (1948) con Ampurias o las apreciaciones de carácter más general (Beltrán Lloris, 1990; Celis, 2005), por citar a algunos de los más representativos.



45. Las lucernas republicanas. Tablas de Ricci



46. Las lucernas republicanas. Tablas de Dressel

En el estudio y clasificación de estos materiales es habitual citar una forma no con un sólo referente tipológico, por ejemplo, Dressel 9 variante C, sino que se suelen precisar sus equivalencias con otras tablas. Así, esta Dr.9(C) debería ir acompañada por sus otras referencias, en este caso Loeschcke IC, Ponsich II, A-1, Deneauve IVA, Provoost IV-2,1,3, Leibundut VII,.....

Las lucernas romanas de los siglos III al I a.C., por el contrario, escapan a esta situación, excepto las más recientes, incluidas en la tabla de Dressel (1899) que no se libran de la polidenominación que aqueja a las de la fase imperial.

El origen de estas primeras lámparas romanas hay que buscarlo en las del mundo griego y helenístico (Blondé, 1999; Howland, 1958) y algunas formas, como las Ricci C, F y H, aún conservan reminiscencias formales de los tipos más antiguos. Bastantes de ellas presentan barniz negro en su superficie (Fig. 47a) y se deberían incluir entre las formas de las distintas producciones de esta vajilla, como se hace evidente en las formas del siglo II a.C. Ricci B, D, E y F, cuyas características técnicas las harían procedentes de los talleres napolitanos de la campaniense A. Las Ricci G y la Dr.1 se asemejarían a la producción siracusana. Las Dr.2, 3 y 4 se ha supuesto que procederían de los alrededores de Roma (Ricci, 1974). Sin embargo, se suelen estudiar por separado del resto de las cerámicas de esos talleres.

Con el complemento de las de Dressel, se seguirá la clasificación de Ricci (1974), de la que se ha dicho recientemente que “es una de las mejores obras... es de fácil manejo... se puede completar pero no discutir” (Celis, 2005).



47 a. Lucerna de *Valentia* con sello. SIAM

- Ricci A.** Semiabierta, cuerpo troncocónico, disco circular moldurado. Pico alargado de borde redondeado. Asa de cinta. Base con pie algo alto. Arcilla depurada y barniz negro brillante. A torno. Finales siglo V a inicios del III a.C. No se encuentra fuera de Italia.
- Ricci B.** Semiabierta y cuerpo troncocónico. Orificio de alimentación estrecho rodeado de molduras. Pico alargado y redondeado. Pie re-
alzado. Pasta entre rosa y avellana. Barniz negro de Nápoles. A torno. Siglo II a.C.
- Ricci C.** Cuerpo troncocónico aplastado, pico poco alargado redondeado o cuadrado. Fondo plano sin pie. Arcilla ocre poco depurada. Sin barniz. A torno. Siglo II a inicios del I a.C.
- Ricci D.** Semiabierta, cuerpo cilíndrico, disco circular con o sin molduras. Pico alargado de borde de forma redondeada o cuadrada. Aleta lateral a la derecha, a veces perforada. Arcilla rosada o avellana. Barniz negro de Nápoles. A torno. Siglo II a.C.
- Ricci E.** Es el “tipo bicónico del Esquilino”. Cuerpo troncocónico, disco circular con un gran orificio de alimentación. Pico en forma de yunque. Asa de anillo con bandas laterales. Pie alto. Arcilla rosada. Barniz negro de Nápoles. A torno. Siglo II a mediados del I a.C. Gran difusión.
- Ricci F.** Forma de tubo vertical con paredes altas. Pico en forma de yunque redondeado. Pasta rosada o avellana. Barniz negro de Nápoles. A torno. Siglos II y I a.C. Abunda en Grecia.
- Ricci G.** O “Lucerna de decoración radial” (Fig. 48). Cuerpo troncocónico con un pequeño disco y gran orificio de alimentación. Decoración radial en la parte superior. Pico alargado en forma de yunque. Fondo plano. Asa en anillo con bandas laterales. Arcilla oscura. Barniz negro brillante tipo siracusano. Probablemente a molde. Medios a finales del I a.C. Abunda en el Mediterráneo occidental. El pecio Escombreras 2 transportaba un cargamento de estas lucernas (Pinedo y Alonso, 2004).
- Ricci H.** Es la “cilíndrica del Esquilino”. Semiabierta con cuerpo cilíndrico, paredes altas, disco amplio y gran orificio de alimentación. Pico largo, a veces desviado hacia un lado. A veces con aleta lateral. Fondo plano. Arcilla rosada o avellana. Sin barniz. A torno. Siglo I a.C.



47 b. Sello de Lucerna de *Valentia*. SIAM

- Dressel 1.** Cuerpo bicónico y aleta lateral a la derecha. Decoración característica de estrías geométricas o motivos vegetales. Orificio en el centro del disco rodeado de molduras delimitadas con perlitas al exterior. Pico alargado con dos cabezas de ave estilizadas que forman un canal y preceden a lo que será la Dr.4. Asa en anillo con bandas laterales. Arcilla gris cubierta de barniz negro del tipo siracusano. A partir de esta forma, todas las lucernas se harán con molde. Tendría dos variantes, la A y la B. Siglos II y I a.C. Abunda en el Mediterráneo occidental.
- Dressel 2.** También denominada *warzenlampen* o “lámpara con verrugas” debido a sus protuberancias esféricas. Cuerpo bicónico con aleta lateral. Disco amplio y moldurado con un pequeño orificio. Pico en forma de yunque. Asa posterior. Arcilla depurada beige rosado. Barnices diversos, de negro oliváceo a rojo granate o rojo *sigillata*. Habría una variante, la 2A. Siglo I a.C. Gran difusión.
- Dressel 3.** Aletas laterales simétricas. Decoración a base de hojas y gotas. Pico en forma de yunque. Disco amplio y algo cóncavo. Orificio muy estrecho. Es la primera lucerna romana con decoración en el disco. Una variante, la 3A. Siglo I a.C. Gran difusión.
- Dressel 4.** Es la *vogelkopflampen* o “lucerna de cabeza de pájaro” por las dos cabezas de ave que delimitan el pico en forma de yunque. Cuerpo ovalado. Disco grande y circular con orificio pequeño. De-

coración geométrica. Asa anular acanalada. Pie circular. Arcilla muy fina y depurada de color avellana. Barniz entre marrón y rojo granate. Hay una variante. Final siglo I a.C. a inicios del I d.C.

A partir de la Dr.1 pueden llevar sellos, normalmente monogramas anepigráficos, aunque ya habría algún nombre (Fig. 47b). De ahí que Dressel hiciera su tipología. Las de Ricci no llevarían, por eso no habían sido catalogadas en el C.I.L., aunque en alguna Ricci H aparece el simbolo de Tanit al principio del pico.

De la Península Ibérica habría que destacar los estudios de las lámparas de Numancia (Romero, 1990) y *Emporion* (Arxé, 1982).



48. Ricci G. Pecio de Escombreras. ARQVA

